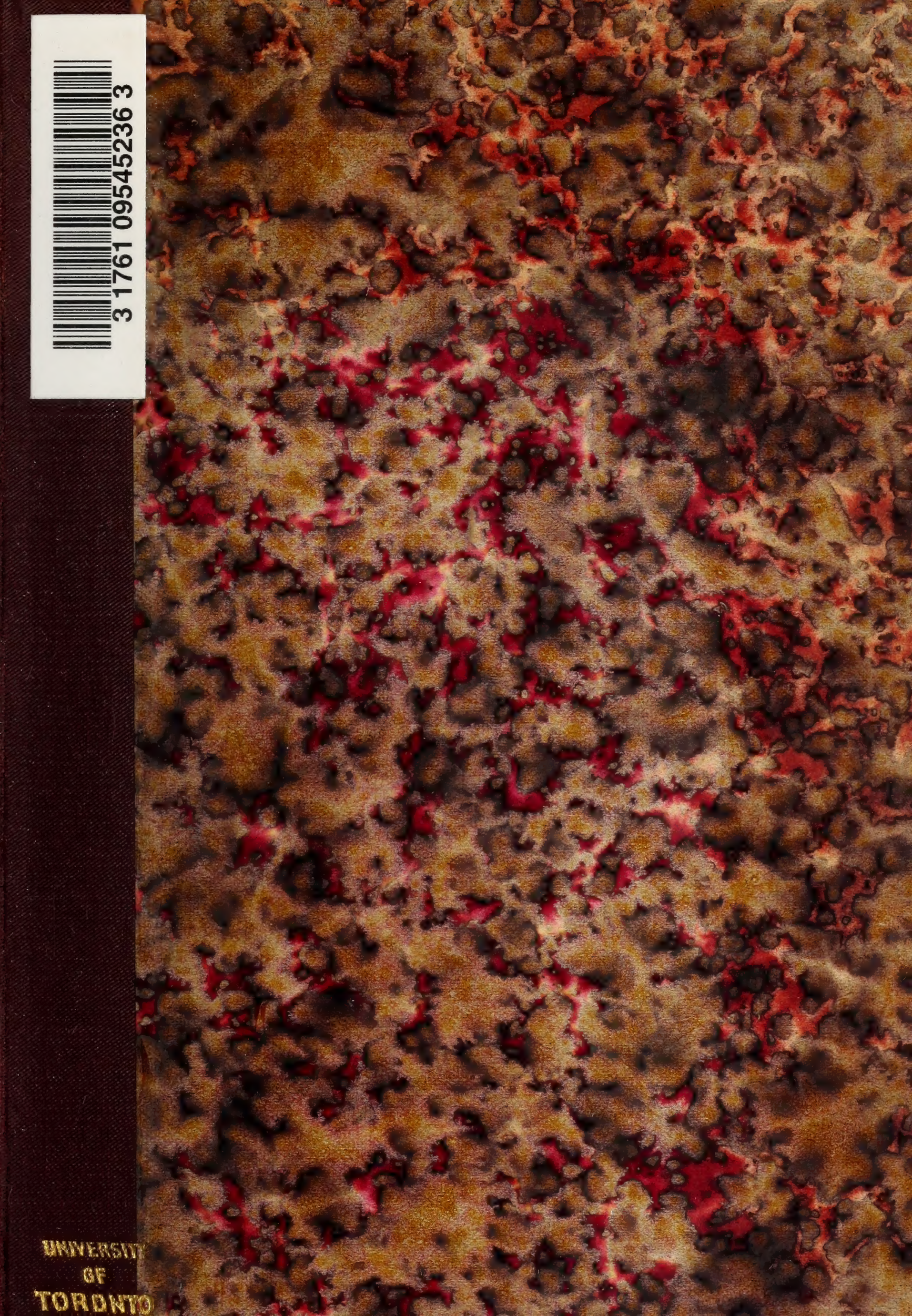

3 1761 09545236 3
UNIVERSITY
OF
TORONTO







LAS URRACAS

LAS URRACAS

COMEDIA

en tres actos, en prosa

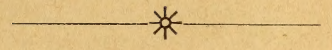
ORIGINAL DE

IGNACIO IGLESIAS

traducción castellana de

ANTONIO PALOMERO

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del
25 de Noviembre de 1905



MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551
1905

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
TERESA	Sra.	Caro.
LUISA		Pino.
FLORENTINA		Lasheras.
MAGDALENA		Luna.
JOAQUINA		Guerra.
PEREGRÍN	Sr.	Borrás.
DRAGÓN		Mendiguchía.
ANDRÉS		González.
BERNARDO		Ramírez.
UN DESCONOCIDO		Jambrina.
VICENTE		Llanos.
SEÑOR MATÍAS		Sala.
JUANÓN		Tatay.
JERÓNIMO		Martí.
DIONISIO		Aguirre.
FELIPE		Acuña.
EL TUERTO		Herrera.
RAMÓN		Gatuellas.

La acción en un pueblo próximo á Barcelona

Derecha é izquierda, las del actor



ACTO PRIMERO

Interior de una barbería con las paredes pintadas de azul cobalto un poco rebajado y un friso y cenefa de flores de tonos vivos. Al fondo derecha, portal con ventanas de una sola hoja, por las cuales se ve la calle, y puerta de dos batientes que se cierra por la parte de dentro. A ras de la pared del fondo, hasta tocar la de la izquierda, un tocador de afeitar, con un gran espejo á lo largo, en el que hay pintado de blanco y bien visible el número 10.341. Tres sillones de caoba un poco viejos. Entre el portal y el tocador, un banco de madera sencillo. Dos puertas á la izquierda, la del primer término da á un cuartito de la barberia, la del segundo al comedor. Entre ellas una pila de agua de azulejos de Valencia con flores rojas y azuladas y sus correspondientes bacías. A la derecha, muy cerca de la pared del fondo, una puerta con cuatro ó cinco escalones, que da á un extremo de los dormitorios de la casa. Al mismo costado un tocador igual que el del fondo con todos los utensilios propios y un sillón. Adosado á la pared, en el sitio que mejor convenga, un armario modesto para guardar los paños. Un velador en medio de la escena, un periódico y cepillos. Encima de los espejos, luces de gas ó acetileno muy historiadas. Por las paredes algunos cromos de mal gusto y un calendario que señala el 23 de Diciembre. Encima de los bancos algunos periódicos. Es media tarde.

ESCENA PRIMERA

TERESA, sola. En seguida BERNARDO

TER. (Sale por la puerta de la derecha con un cestillo lleno de paños y trapos, de la barbería, limpios.) ¡Ay, señor!

BER. (*Entra por el foro derecha.*) Salud, Teresa.

TER. ¡Hola, Bernardo!

BER. ¿No está Peregrín?

TER. No: está en la rectoría.

BER. ¿Qué? ¿ha ido á afeitar al clero?

TER. Sí: al señor rector y al señor vicario.

BER. A ver si de paso que les afeita les quita la lana del cogote.

TER. (*Dejando el cesto en el suelo.*) Ya están bien esquilados. ¡Qué pareja mosén Pedro y mosén Salvi!

BER. Bueno. ¿Te parece que tardará mucho tu marido?

TER. No lo sé. No me ha dicho nada. ¿Quieres que te arregle?

BER. Para eso he venido.

TER. ¿Y no puedes esperar hasta mañana que es Noche Buena?

BER. No, no estoy por dar nada á los oficiales.

TER. Es la costumbre.

BER. Es una rutina y una explotación. A mí que no me vengan con estas antiguallas! (*Mientras tanto Teresa va colocando los trapos y los paños en el armario.*) ¿Por qué hemos de dar los parroquianos el aguinaldo á los oficiales? (*Irónicamente.*) ¿Porque nos hacen el favor de servirnos?... Pues yo lo entiendo al revés. Ellos son los que deberían obsequiarnos con una fineza, en prueba de agradecimiento porque les hacemos ganar la vida.

TER. Son cosas del día.

BER. Sí, del día.

TER. Las ganancias son tan pequeñas, que no alcanzan para nada, y es claro, los pobres espigan de aquí, espigan de allí...

BER. (*Interrumpiendo.*) Que se quejen, que griten para que les aumenten el salario. Y si no que lo dejen de una vez.

TER. (*Sonriente.*) ¡Eso es cortar por lo sano! Por fortuna á estas horas ya debemos todos ser ricos.

BER. ¿Ricos? (*Mirándola con extrañeza.*)

TER. (*Sonriente.*) Sí. De seguro que nos ha tocado el gordo.

BER. ¡Ah... ya! (Comprendiendo: con incredulidad.)

TER. (Señalando al número del espejo.) Mira; mira qué número más majo.

BER. Me das lástima, por no decir otra cosa.

TER. Y poco que te vas á repelar.

BER. ¿Yo? Ya sabes que á mí no me entusiasma el dinero.

TER. Ya te arrepentirás de no haber querido jugar nada en nuestro número.

BER. No creo en loterías. No tiro para rico.

TER. Yo sí. Pero no conozco el camino.

BER. ¿Quieres que te lo enseñe?

TER. ¿Tan sabio eres y vas á pie? (Por el foro derecha aparece el Dragón, sepulturero del pueblo. Es un hombre alto, escuálido, de ojos pequeños y hundidos y expresión de idiota.)

ESCENA II

DICHOS y DRAGÓN

DRA. (Entrando.) Buenas tardes.

BER. Hola, enterrador.

DRA. Hasta que Dios quiera.

TER. ¡Ay, madre! (Horrorizada.)

DRA. (A Teresa.) ¿No está su marido?

TER. No: está en la rectoría.

DRA. ¿A encargar algún entierro?

TER. No; á afeitar.

DRA. Eso es otra cosa.

TER. ¿Quería servirse?

DRA. (Tocándose la barba.) Sí, me parece que ya me toca.

BER. Hay que tomar vez, porque yo estoy antes.

DRA. Bueno, hombre.

TER. ¿Es usted parroquiano de esta barbería?

DRA. ¿Por qué me lo pregunta?

TER. Porque nunca le he visto por aquí.

DRA. Vengo desde hace poco; hará como tres semanas. Antes me afeitaba yo solo; pero desde que me voy haciendo viejo me tiembla el pulso, y no estoy para bromas... ¡Que yo también estimo la vida, qué caramba!

BER. (Mirándole fijamente.) ¿Traerás tu navaja, verdad?

DRA. ¿La navaja? (Sin comprender. Teresa sigue guardando los paños en el armario.)

BER. Sí, hombre, la que tienes en tu casa.

DRA. ¿Y por qué la he de traer? ¿Es que le daría reparo que le afeitaran después con la misma que á mí?

TER. (Con viveza.) ¿Pero es que Peregrín no escalda las navajas después de cada servicio?

BER. ¿Quién dice lo contrario?

DRA. ¿Piensa que porque soy sepulturero, no soy como los demás hombres?

TER. Déjelo que diga lo que quiera. Está un poco amostazado porque no lleva nada á la lotería.

DRA. (Rápido y con viveza.) ¡Yo sí que juego!

BER. ¿También?... Entonces sí que no toca nada. Y si toca peor para vosotros; de la alegría, de cabeza al hoyo.

DRA. Yo no, porque me saldría del hoyo.

BER. ¿Sí?

DRA. Si me tocara el gordo, me marchaba á vivir á la montaña más alta de estos lugares... Me haría una casa, toda roja por fuera, que cuando la diera el sol pareciese desde lejos una gran brasa de fuego. Es una idea que tengo desde joven.

BER. Mentira parece que tú también quieras tener dinero.

DRA. ¡Ay, hijo! Se necesita para vivir.

BER. ¡Si no puede ser que te guste la vida!

DRA. ¿Por qué no?

BER. ¿No se pegan las ganas de morir, viviendo como tú, tan cerca de los muertos?

TER. (Un poco asustada.) ¡Ay! No hablar de esas cosas. Hablar de la lotería, que alegra.

BER. Así, así.

DRA. (Acercándose á Teresa, sonriendo.) Sí que alegra hablar de la lotería. ¡Quién sabe si á estas horas la suerte ha pensado en nosotros!

TER. (Con curiosidad.) ¿No ha tenido ningún sueño raro estas últimas noches?

DRA. No. Yo no sueño nunca.

BER. ¡Vaya una conversación!
TER. Cada uno habla de lo que le parece.
DRA. Claro que sí.
TER. ¿No le da el corazón que nos tocará?
DRA. No me dice nada.
TER. ¿Pero le gustaría que nos tocase?
DRA. Claro que sí... Para hacerme la casita roja.
TER (Dando una risotada.) ¡Ni que fuera pariente del demonio!
BER. De la muerte, es pariente. (Por el foro izquierda llega Peregrín muy alegre con los chismes de afeitar envueltos en un trapo.)

ESCENA III

DICHOS y PEREGRIN

PER. Salud y trabajo.
BER. Hola, Peregrín. ¿Qué tal? ¿Ya has pelado al clero?
PER. Sí, chico. (Guardando los chismes en una caja.)
BER. ¿Al rector y al vicario?
PER. Les he dejado la cara limpia y reluciente como una manzana.
DRA. Es usted un barbero que sabe quitarle á uno los años de encima.
PER. Con la suavidad de mi navaja, una unturita á las cejas, un poquito de pomada en el pelo y cuatro tijeretazos bien dados, Peregrín convierte en joven al viejo, y en guapo mozo al hombre más feo. Y el que quiera dar algo por el milagro que lo dé, y si no tan amigos como antes.
DRA. Merecería usted ser rico.
PER. Bastante lo soy.
DRA. ¿Nos ha tocado?
PER. ¿Qué?... ¿La lotería?
DRA. ¡Sí!
PER. ¡Qué sé yo! Ni siquiera he pensado en ello.
TER. No hay que impacientarse, que pronto lo sabremos.

PER. ¿Cómo?

TER. Por el chico que está á punto de llegar de Barcelona.

PER. ¿Traerá la lista?

TER. Sí, la lista de los primeros premios.

PER. Ya le habrás encargado tú...

TER. Vaya.

PER. Verás cómo pensando en la lista se olvida de traerme las navajas.

BER. Bueno, Peregrín; ¿puedes servirme?

PER. ¿Quieres afeitarte ahora?

BER. Lo mismo me da hoy que otro día cualquiera. La cuestión es estar curioso.

PER. (A Dragón.) ¿También va á afeitarse?

DRA. En cuanto despache á Bernardo.

PER. ¿A quién le toca?

BER. A mí, ¿no lo oyes?

PER. Pues andando.

BER. ¿Con qué navaja vas á afeitarme?

PER. (Saca del cajón la que ha traído.) Con ésta.

BER. ¿No tienes otra?

PER. Por ahora no. Las otras las tengo á vaciar en Barcelona.

BER. ¿Y las de los abonados?

PER. Están guardadas.

BER. Pues entonces no me afeito. Volveré á otra hora.

PER. Siéntate, hombre, siéntate aquí.

BER. ¿Aquí, delante de este número tan escandaloso?

PER. (Riendo.) No hables mal de él, que nos va á traer la suerte.

BER. Vaya, ¡salud!

PER. Escucha, ¿quieres llevar cinco reales?

BER. No.

PER. Que todavía estás á tiempo.

BER. No voy para rico como vosotros. Vaya, salud y la compañía.

PER. Anda con Dios, mal genio. (Riendo.)

ESCENA IV

DICHOS menos BERNARDO

PER. ¡Qué raro es este Bernardo!
TER. Y poco agradable por añadidura.
PER. ¿Por qué no ha querido afeitarse ahora?
DRA. Tiene reparo.
PER. Ya: es muy delicado el chico. (Se oyen las campanas tocando á muerto.)
TER. ¿No oye? (A Dragón.)
DRA. (Extrañado.) ¿Quién se habrá muerto?
PER. No lo sé.
DRA. ¿No ha oído al señor rector hablar de algún entierro?
PER. No.
DRA. (Más extrañado que antes, disponiéndose á marchar.) Vaya, vaya, no me quiero distraer.
PER. ¿Se va, Dragón?
DRA. Sí, ya volveré.
TER. Adiós.
PER. Salud, sepulturero.
DRA. Si no vuelvo durante estas fiestas, que las pasen muy felices.
TER. Gracias, igualmente.
DRA. Voy á ver si son necesarios mis servicios.
PER. Hasta otro rato. (Mutis Dragón por el foro izquierda.)

ESCENA V

TERESA y PEREGRIN

PER. Ahí tienes. De dos me he quedado sin ninguno.
TER. Ya volverán si quieren.
PER. Como gusten.
TER. En el armario tienes los paños de la semana.
PER. Está bien. (Va obscureciendo.)

TER. (Tomando el cesto.) Vamos á dejar este cesto allá dentro. ¿No volverás á salir?

PER. No; ya te avisaría.

TER. ¡Ay, señor! (Suspirando. Se marcha llevándose el cesto por segunda puerta de la izquierda.)

ESCENA VI

PEREGRIN solo, arreglando los tocadores y tarareando una canción. La escena se va quedando á obscuras. En la calle hay más luz que en la barbería, una luz roja de sol poniente de invierno. En seguida el DESCONOCIDO. Es un joven alto, de cara famélica, de aspecto enfermizo. Viste pobremente

DES. Salud, barbero. (Desde la puerta, con voz apagada, como de enfermo.)

PER. Hola. (Mirándole extrañado.)

DES. (Sin moverse.) Usted no me debe conocer; es claro.

PER. (Dejando la navaja.) No le recuerdo.

DES. Yo sí le conozco á usted mucho. Es decir; de nombre.

PER. (Con naturalidad.) Bueno. ¿Y qué quieres? ¿Quién eres?

DES. ¿Quién soy? ¡Nadie! Un pobre.

PER. (Con la misma naturalidad.) ¿Pero qué es lo que quieres? Dí.

DES. ¿Me hará usted el favor de prestarme...?

PER. (Interrumpiéndole.) Sí; para favores estoy.

DES. ¿De prestarme seis pesetas que me hacen falta?

PER. (Después de un corto silencio.) ¿Y con qué derecho me las pides?

DES. Las necesito.

PER. (Después de un corto silencio, mirándole de arriba á abajo.) ¿Por qué vienes á buscarme á mí?

DES. (Con naturalidad.) Porque es usted una buena persona.

PER. (Otro silencio.) ¿Cómo lo sabes?

DES. Así lo dicen.

PER. ¿No tienes más amigos ó conocidos que sean también buenas personas?

DES. Creo que no.

PER. ¡Sí que eres desgraciado!
DES. No lo sabe usted bien.
PER. (Interesándose.) ¿Tú no eres de este pueblo?
DES. No. Trabajo en la cantera.
PEP. ¡Ah, ya! ¿Y se te ha acabado ya la faena?
DES. No, es decir, sí; porque yo no puedo trabajar.
PER. ¿Por qué?
DES. Estoy enfermo.
PER. ¿Estás enfermo? (Compasivo, en voz baja.)
DES. Sí.
PER. ¿De veras?
DES. ¿Lo duda?
PER. No, no. Habla, habla. (El resplandor del sol poniente es de un color amoratado Su escasa luz entrando por los cristales, es la única luz que alumbra la escena. Las figuras de Peregrín y del Desconocido se destacan negras y como envueltas en el misterio.)
DES. Présteme lo que le pido.
PER. ¿Pero quién crees que soy yo? (Impaciente.)
DES. Un hombre de buenos sentimientos.
PER. Es que bien mirado, yo soy tan pobre como tú.
DES. ¡Pero puede trabajar!
PER. Mira que yo no te conozco de nada.
DES. ¿Y qué importa? ¿No ve que lo necesito?
PER. (Después de un gran esfuerzo, en voz baja y como si no se atreviese.) No puedo servirte, créeme. No tengo dinero. Soy tan pobre como tú, ya te lo he dicho.
DES. Pero está sano: tiene salud.
PER. Pero me falta dinero. Y aunque no me falte. Lo poco que tengo en casa es para las necesidades de mi familia. Vé á buscar á otro.
DES. ¡Y tan bueno como decían que era!
PER. ¿Dudas que lo sea?
DES. (Moviendo la cabeza.) ¡Qué sé yo!
PER. Es que si dudabas...
DES. Vaya, salud, barbero. (Mutis.)
PER. (Al ver que se marcha, en un arranque de generosidad.) ¡Eh, eh!... Escucha.
DES. (Se asoma a la puerta.) ¿Qué quiere?
PER. Entra. (En voz baja.)

DES. ¿Qué? (Entra.)

PER. (En voz baja, buscando en los bolsillos.) Ten, ten, toma esto... (Le da las seis pesetas.) y vete.

DES. ¡Gracias, gracias! (Emocionado.)

PER. (Siempre en voz baja, mirando intranquilo á la segunda puerta izquierda.) Vete, vete de prisa.

DES. Se las devolveré en cuanto trabaje.

PER. Vete, vete. (Más intranquilo.)

DES. (Saliendo por el foro derecha.) ¡Es un buen hombre!

PER. No sé lo que soy. (Enciende un par de luces de la barbería. La calle está ya completamente obscura. Sale Teresa muy decidida.)

ESCENA VII

PEREGRIN y TERESA

TER. (Con vivacidad.) ¿Qué quería ese?

PER. ¿Quién? (Haciéndose el desentendido.)

TER. Ese que se acaba de marchar.

PER. Nada. Me preguntaba...

TER. (Interrumpiéndole.) De seguro que habrá venido á sacarte los cuartos.

PER. No, mujer, no.

TER. Yo te digo que sí.

PER. ¡Qué mal pensada eres!

TER. Piensa mal y acertarás.

PER. Bueno; pues sí que le he prestado una friolera.

TER. ¿Pero es que no tienes entendimiento? ¿Es que crees que somos millonarios?

PER. Yo no creo nada.

TER. Ya se ve... ¡Ay, Señor! ¿De qué la sirve á una andar añiscando y afanándose como una hormiga? Viene cualquiera y...

PER. No exageres...

TER. Se junta el grano y luego tú levantas la harina.

PER. Ya te traeré trigo para moler.

TER. Broméate si te parece. Es lo que falta. ¡Dar á los demás lo que tantos sudores nos cuesta! Ya verás quién nos ayuda á nosotros si

nos quedamos sin nada, el día que no podamos ganarnos un pedazo de pan.

PER. No pienses en cosas tristes.

TER. ¿Y quién era ese muchacho?

PER. Un pobre enfermo.

TER. ¿Le conoces?

PER. No.

TER. Entonces, ¿por qué le has dado ese dinero?

PER. Porque lo necesitaba.

TER. Y si no vuelve, te estafa.

PER. Más perderá él que yo... Porque los hombres se encuentran por el mundo; y si algún día nos tropezamos, no seré yo quien tenga que bajar la cabeza en su presencia... Mientras él, si tiene sentido, sí la bajará. Y esto es más de lo que tú crees, porque lo primero de todo es andar con la cabeza erguida.

TER. Bueno, bueno... todo eso son cuentos.

PER ¡Cuentos, cuentos!... ¡Pobre hombre! Figúrate si habrá sufrido antes de decidirse á venir á buscarme. Si habrá dado vueltas y más vueltas á la idea buscando las palabras para expresarse y hacer la petición. Eso solo; lo que ha gastado de vergüenza y de corazón, vale más que todos los tesoros del mundo.

TER. Ya te he dicho que todo eso son cuentos.

PER. Cuentos, cuentos... Si tú te encontraras en su caso... ¿Qué es lo que me ha costado dejarle contento? Nada; echar mano al bolsillo... y *pax vobis*.

TER. Parece que todo nos lo dan también á nosotros.

PER. Sí, mujer, sí. (Sonriendo.)

TER. ¡Ya! (Irónica.)

PER. (Sin convicción.) ¿Sabes lo que pienso?

TER. ¿Qué?

PER. Que acaso ese pobre muchacho nos haya traído la buena suerte.

TER. ¡Y tanto! (Con ironía.)

PER. Créeme.

TER. Bueno, explícate. ¿Cuánto le has dado?

PER. (Con naturalidad.) Una miseria.

TER. ¿Cuánto? Dí.

PER. (Con naturalidad.) Unas tristes pesetillas.

TER. ¿Muchas?

PER. Seis nada más.

TER. ¡Reina Santísima! ¡Seis pesetas! ¡Tú te has vuelto loco!

PER. Quien siembra recoge, mujer.

TER. ¡Ni que el dinero estuviera tirado! Sabiendo cómo nos hemos quedado después de pagar la quinta al chico.

PER. (Con naturalidad.) Yo lo que sé es que haga lo que haga, somos los mismos de siempre. Por mi parte trabajo sin descanso y con alegría, sin pensar en nada. A la hora de almorzar, almuerzo; á la hòra de comer, como; por la noche, ceno. Todos los días tengo la mesa puesta; no debo nada á nadie; tengo salud y estoy contento de la vida. Este es mi programa, ¿eh? ¿Qué me dices ahora?

TER. En toda casa debe haber un rinconcito.

PER. ¡Bah! Déjate de cuentas y venga trabajo.

TER Y después da lo que ganas á los demás.

PER. Mientras nada nos falte...

TER. A nadie sabes decir que no.

PER. ¡Si siempre me piden lo mismo! Nadie viene á decirme: «Peregrín: dame un pedazo de tu corazón; dame la sangre de tus venas». No. Todos piden dinero. Y teniéndolo, todo está resuelto. Cierras los ojos, y lo das si te sobra.

TER. ¡Y así estás contento!

PER. ¿Yo? ¡Soy el hombre más rico de la tierra! (Entra Vicente por el foro derecha. Es un muchacho de unos veinte años, de carácter alegre. Viste traje negro, sombrero blando, también negro, y capa.)

ESCENA VIII

DICHOS y VICENTE

VIC. ¡Padre! ¡Madre! (Gritando en un arranque de alegría.)

TER. (Se vuelve sorprendida.) ¿Qué es eso? ¿Qué pasa, Vicente?

VIC. ¡El gordo! ¡Nos ha tocado el gordo!
PER. (Sorprendido.) ¿El premio mayor?
VIC. Sí.
TER. ¿Pero es verdad? (Con sorpresa y alegría.)
PER. ¿Qué dices ahora?
VIC. (Enseñando la lista que saca del bolsillo.) Miren: este papel lo canta.
TER. A ver, á ver, Vicente. (Queriendo arrebatársela de las manos.)
VIC. (Se la pone delante de los ojos.) Lea aquí: «Premios mayores. Primer premio: diez mil trescientos cuarenta y uno». (Señalando el espejo.) Es el mismo. El mismo del espejo.
TER. ¡No puede ser tanta suerte!
PER. (Tomando la lista de manos de Vicente.) ¿No te habrás equivocado?
VIC. Pronto se confronta.
TER. (Como sintiendo un desvanecimiento.) ¡Ay! no sé lo que tengo.
PER. ¡Teresa! (Corriendo á auxiliarla.)
TER. (Apoyándose en un tocador.) No, no es nada... Es de la misma alegría. (Casi llorando.) ¡Esto es un sueño!
PER. (Con seriedad.) Parece que te ha sobrecogido.
VIC. ¡Ya somos ricos, madre! ¡Ya se acabó la miseria!
TER. Peregrín... busca los décimos, para confrontarlos con este papel.
PER. Aquí tienes el espejo.
TER. ¿Y si os hubiéseis equivocado al apuntar el número?
PER. No, mujer, no.
TER. (Lloriqueando de alegría.) Me daba el corazón que este año nos había de tocar.
PER. ¿El corazón?
VIC. A mí también.
TER. ¿No estás contento, Peregrín?
PER. ¿Por qué no?
VIC. Yo no sé qué hacerme de alegría que tengo. ¡Madre, me voy á casar!
TER. ¡Eh! no te entusiasmes.
VIC. Sí; ahora ya podré mantener á mi mujer.
TER. (A Peregrín.) ¿Y cuánto nos toca á nosotros?
PER. Un dineral.

TER. (Pasándose la mano por los ojos.) ¡Ay! Antes de verlo se me encandilan los ojos.

PER. Yo no lo esperaba.

VIC. Yo, sí.

TER. Dí, ¿cuánto nos toca? ¿Cuántos miles de duros?

PER. Todavía no he echado la cuenta.

VIC. Una carretada nos toca.

TER. ¿Con cuántos talones te quedaste para nosotros?

PER. No lo sé fijamente. Me parece que con uno de cinco pesetas.

TER. (Indignada.) ¿Con uno? ¿Nada más que con uno?

PER. Y es bastante.

TER. ¿Y por qué no te quedaste con más?

PER. ¡Tenía tantos compromisos!

TER. ¡Siempre serás el mismo! Para una vez que la suerte ha querido pasar por casa, por poquito más la cierras las puertas.

PER. Mujer, no seas tan ambiciosa.

VIC. Me voy á dar la noticia por todo el pueblo.

PER. ¿Todavía no lo sabe nadie?

VIC. No. Vosotros habéis sido los primeros.

TER. ¡Ven acá! ¡No seas loco!

VIC. ¡Me voy! me voy. (Dejando un paquete con las navajas, y la capa.)

PER. Ya lo sabrán, hombre.

VIC. (Sale gritando por el foro derecha.) ¡Viva la lotería! ¡Viva el número 10.341!...

PER. ¡Vicente!

VIC. ¡Vuelvo en seguida! ¡Viva la lotería de Navidad!

ESCENA IX

PEREGRÍN y TERESA

TER. (Llorando de alegría.) ¡Peregrín! ¡Peregrín!

PER. (También contento.) ¡Que alegría van á tener mis parroquianos!

TER. A tí te lo deben.

PER. Les vendrá de perilla.

TER. ¡Pobrecillos! ¡Vaya una rabia que le va á dar á Bernardo!
PER Mejor. ¿Por qué no jugaba?
TER. Bastante se lo has rogado.
PER. ¡Ya lo creo!
TER. Y anda, que su mujer cuando lo sepa...
PER. Sí, buena es Florentina.
TER. Es capaz de repelarle. (Llegan por la derecha del foro Luisa y Andrés con la ropa del trabajo. Ella con motas de algodón en el pelo. El con traje azul, gorra y alpargatas blancas, tapadas.)

ESCENA X

DICHOS, LUISA y ANDRÉS

LUISA (Entra corriendo.) ¿Qué dice, qué dice Vicente?
TER. ¡Luisa! (Lloriqueando y dando palmadas.)
AND. ¿Pero es verdad?
TER. ¡Sí, sí, hijo mío!
LUISA ¿No nos engañáis?
PER. No, hija, no.
LUISA ¿Oyes, Andrés?
AND. Sí. (Un poco cabizbajo, fingiéndose alegre.)
PER ¿Cómo es que hoy habéis acabado tan temprano?
AND. Ha habido una avería en la máquina.
LUISA Ahora ya no me importa.
PER No cantes victoria todavía.
TER. ¿Por qué no? Sí, hija, sí... ¡Gritemos, saltemos y bailemos, que estamos de enhorabuena!
PER. Repito que no cantéis victoria.
TER. (Interrumpiéndole y haciendo mimos á Luisa.) No le hagas caso, Luisa.
LUISA (Devolviendo los mimos.) ¡A saltar y á bailar todos! (Queriendo hacer el molinillo.) ¡Alza!
TER. ¡Estate quieta que me vas á dejar caer!
LUISA ¡A reir todo el mundo!
AND. ¿Y si después resulta que no nos ha tocado?
PER. Tanto mejor. (Medio convencido.)
TER. ¿Qué dices? (Riendo.)

AND. A veces se equivocan.
TER. Pero ahora no.
LUISA ¿Y cómo se sabe que nos ha tocado?
TER. Vicente ha traído una lista de Barcelona.
LUISA Entonces...
TER. No tengas miedo.
LUISA ¿Y estaba nuestro número en la lista?
TER. ¡Vaya si estaba!
LUISA ¿Lo habéis mirado bien?
PER. Estate tranquila.
AND. A veces ponen otro número cualquiera, y luego, cuando viene la lista oficial, todo son desengaños y rabietas.
TER. ¡Pobres de ellos si nos cambiasen el número!
AND. (Sonriendo.) ¡Cómo me alegraría!
PER. Y yo también. (Idem.)
TER. Vamos, no decir eso.
PER. De seguro que del disgusto...
TER. (Interrumpiendo.) Me moriría del berrinche.
AND. Cómo os gustan los cuartos.
TER. ¿Y á tí no?
AND. No tanto como usted cree.
PER. A mí muy poco.
TER. No hay nada en el mundo tan bonito.
PER. Ni tan malo tampoco.
LUISA ¡Uy! ¡De qué mal humor les ha puesto la lotería!
TER. Déjalos, Luisa, déjalos... ¡Están de broma!
LUISA ¿Lo saben ya los parroquianos?
PER. Ahora anda publicándolo Vicente.
LUISA ¡Qué sorpresa van á tener!
TER. Ya lo creo.
AND. A ver si á alguno le cuesta la pelleja.
TER. De verdad que un notición así, á cualquiera le asusta.
AND. Y sobre todo á los interesados.
TER. Pues yo quisiera tener muchos disgustos de esos.
PER. El mar, cuanto más tiene, más brama.
TER. (Con ironía.) Si todavía no hemos cobrado, según tú dices.
PER. ¡Claro que no!
TER. Y puede que tardemos en cobrar.

PER. ¡Quién sabe!
LUISA ¡Ay, qué alegría tengo! (Marchándose.)
TER. ¿Dónde vas?
LUISA A ponerme otra ropa. Quiero empezar á hacer de rica. (Mutis segunda izquierda.)
TER. ¡Qué contenta está!

ESCENA XI

DICHOS, menos LUISA

AND. Bueno, padre. ¿Y qué es lo que nosotros jugamos?
PER. (Un poco contrariado.) ¿Todos juntos, quieres decir?... ¿Los de casa?
AND. Sí.
PER. De lo vuestro y de lo nuestro, se ha hecho una sola parte.
TER. No hemos jugado más que cinco pesetas.
AND. ¿Cinco nada más?... ¿Y mi recibo?
PER. Es el mismo nuestro.
AND. ¿Es decir, que no hay otro para mí y para Luisa?
PER. Todo es uno.
TER (Queriendo suavizar asperezas.) ¡Claro está! Todo lo de casa es de todos.
PER. ¿No lo comprendes?
AND. Sí.. pero...
PER. He tenido tantos compromisos... ¿No sabes lo que pasa todos los años? Todo el mundo quería jugar.
AND. Sí, ya me hago cargo. Pero creí que me guardaríais una parte.
PER. (Con pena.) ¡No sé qué responderte!
AND. Pero, ¿por qué no me avisaron con tiempo? Ahora mismo, si no se me ocurre preguntar...
TER. No seas tan desconfiado, hombre.
AND. Si no lo digo por mí.
TER. Entonces, ¿por quién?
AND. (Dirigiéndose á la escalera de la derecha.) Bueno, no hablemos más.
TER. Explícate.

AND. Déjeme, madre.
PER. Habla, si quieres. ¡Por los clavos de Cristo!
AND. No se enfade, padre.
PER. ¿Es que desconfías de nosotros?
AND. (Con convicción.) No.
PER. Es que si acaso desconfías, dilo, y ahora mismo te doy toda nuestra parte. ¿Lo oyes?
AND. Les ruego que no me hablen más de este asunto. No me gusta discutir intereses. Denme lo que quieran. Quédense con todo... Pero déjenme en paz y tranquilo en mi pobreza.
PER. (Emocionado.) Tú eres hijo nuestro. Tú tienes derecho á todo lo de casa.
AND. Si yo no les pido nada, padre. Con su cariño y con su bondad me bastan. No hablaba por mí, ya lo he dicho, cuando antes me preguntaban.
PER. Entonces, ¿por quién hablabas? ¿Por Luisa?
AND. Sí; ella no sabe lo que ha pasado. Ella no es hija de ustedes y podría dudar.
PER. Y tú, ¿qué le dirías si dudase?
AND. Yo no puedo gobernar el pensamiento ajeno.
PER. ¿Ni el de tu mujer?
AND. El mío sólo, y con bastante trabajo. Pero no tengan cuidado, que por mi parte no se volverá á hablar más de esto.
PER. ¿Lo dices de corazón?
AND. Lo digo francamente, noblemente, como lo siento. (Se va.)
TER. Escucha...
PER. Déjale. Ha dicho lo que sentía.
AND. Me lo puede creer, padre. (Desaparece.)

ESCENA XII

DICHOS, menos ANDRÉS

TER. Ya verás... (Después de un corto silencio.)
PER. (Interrumpiéndola.) ¿Qué vas á hacer?
TER. Voy á hablar con esa...
PER. Veremos lo que sale de todo esto.

TER. Déjame á mí.
PER. Prudencia, Teresa, prudencia.
TER. Yo la convenceré. (Mutis segunda puerta izquierda.)

ESCENA XIII

PEREGRÍN. JERÓNIMO y JUANÓN. Por el foro derecha, precipitamente y radiantes de alegría

JER. Peregrín, ¿es cierto lo que dice tu chico?
PER. Sí.
JUA. ¿Es verdad?
PER. Sí, hombre, sí.
JER. Pero, ¿no es una broma?
PER. No, Jerónimo, no.
JUA. ¡Qué lástima!... ¡Yo que no quise jugar más que dos reales!
PER. No te has propasado.
JER. Yo llevo un duro á medias con mi cuñado. ¿Qué vamos á hacer con tanto dinero?
JUA. ¡Derrocharlo!
PER ¡Acordarse un poco de los pobres!

ESCENA XIV

DICHOS y BERNARDO. Por el foro derecha muy decidido

BER. (A Peregrín.) Tú... ¿Es que nos ha tocado?
PER (Extrañado.) ¿Cómo, cómo... que *nos ha* tocado?
BER. Sí. ¿No es verdad?
PER. Según á quién, no.
BER. Bueno, pero yo...
JUA. ¿Tú también? (Interrumpiéndole.)
BER. ¡Vaya! (Indeciso.)
JER. Creí que no jugabas.
BER. No... Pero Peregrín, como amigo, ha debido apuntarme alguna cosa.
PER. ¿Yo? ¿Crees que dispongo, sin más ni más, del dinero ajeno?
BER. Entre compañeros todo está permitido.

PER. ¿No te he dicho si querías llevar alguna parte? ¿No te lo he rogado una y mil veces?
BER. Sí.
PER. ¿Entonces?
BER. ¿Quiere decirse que no me toca nada?
PER. Como no quieras lo mío.
JUA. Eso si que sería jugar á lo seguro.
JER. Y á cartas vistas.
BER. Yo no pido tanto.
PER. Entonces en paz.
BER. En paz, según y conforme.
PER. ¿Cómo? No me vengas con bromas.
BER. Sí, para bromas estoy yo.
PER. Pues por lo mismo.
BER. ¿Y tú eres amigo mío?
PER. Sí que lo soy.
BER. Ya veo la prueba.
PER. Más amigo que tú.
BER. Parece mentira que á nuestra edad me hagas esta mala pasada.
PER. ¡Mira lo que dices!
BER. Un compañero de toda la vida.
JUA. No os enfadéis.
PER. Pero, ¿no véis cómo me trata?
JER. No le hagas caso. No ves que...
PER. ¿Qué motivos te he dado yo para que me ofendas?
BER. Tú dirás.
PER. ¿Qué más iba yo á hacer? Un día y otro, donde quiera que te encontraba, volvía á la carga para que jugaras cualquier cosa; y tú me contestabas siempre dando un bufido, que no tirabas para rico, que no te llamaba la atención el dinero... Y ahora mismo, antes de venir Vicente, ¿no te he vuelto á hablar de ello? ¿no te he dicho que si querías llevar cinco reales de mi parte?
BER. Ya lo habéis oído. (Rápido á los otros.)
PER. Sí que lo han oído. ¿Qué quieres decir con eso?
BER. Que también me ha tocado á mí.
PER. ¿Qué me has respondido cuando te hice el ofecimiento? ¿Dí?
BER. Que sí. (Vacilando.)

PER. ¡Mientes! (Enérgico.)
BER. Yo no miento nunca.
PER. Si tú me hubieras respondido que sí, yo te hubiese extendido en seguida tu recibito, pues aunque amigos, en estos casos...
BER Puede ser que esté extendido.
PER. A ver... preséntamele.
BER. Mira en tu conciencia.
PER. ¡Déjate de historias! Si no nos hubiese tocado nada, te callarías como un muerto, ó te reirías de nosotrcs. Ahora que ves que nos ha caído el gordo, también te quieres llamar á la parte... De ese modo todo el mundo tendría derecho á reclamar.
JER. Al olor de la carne, los gatos... ¡zás!
BER. Esto no puede quedar así.
PER. Haz lo que te parezca.
BER. A los amigos no se les trata de esta manera.
PER. Se les ha de dar el dinero, la sangre, todo, ¿verdad?
BER. Lo que sea justo.
PER. No me hables de justicia, no te lo tenga que decir de otra manera.
BER. ¿Qué significan esas palabras?
PER. Las tomas como quieras.
JUA. Calma, calma...
JER. Serenidad, Peregrín.
JUA. Ya lo aclararéis después.
PER. (Fuera de sí) Pero, ¿no está bastante claro todavía? ¿No nos habéis escuchado á los dos?
JUA. Sí, hombre, sí. Pero Bernardo...
PER. Ayudadle vosotros para que no se calle.
BER. Vosotros serviréis de testigos.
JUA. A mí no me metas en líos...
JER. ¿Qué vas á hacer?
BER. Ya lo veréis.
PER. (Fuera de sí.) ¿Tú?... nada; no harás nada.
JUA. A buena parte vas.
BER. ¡Y qué lo digas!

ESCENA XV

DICHOS y FLORENTINA muy decidida por el foro derecha

FLOR. Bernardo, ¿qué es eso que dice la gente?
JUA. ¡Ya estamos aquí todos!
JER. Ahora viene lo bueno.
PER. Sólo faltabas tú.
FLOR. ¿Yo?... ¿por qué? (Un poco cortada.)
BER. No nos toca nada á nosotros, Florentina.
FLOR. ¿Qué? ¿no es verdad lo del gordo?
PER Sí que lo es.
FLOR. Entonces... (A Bernardo.) Explícate. ¿Es que no has tomado tu apuntación?
BER. Sí, pero Peregrín...
PER No, no ha querido.
BER. Que sí.
FLOR. ¿Eso es de veras?
BER. Anda á casa. Estas no son cosas de mujeres.
FLOR. ¿Cómo que no? Se trata de intereses, Bernardo.
BER. Te digo que te vayas. Ya lo arreglaré yo por mi cuenta.
FLOR. No me he de ir hasta que lo sepa todo.
BER. Ya lo sabrás luego.
PER. Cuéntaselo con todo sus detalles.
JER. (A Florentina.) Déjalo correr.
JUA. Tal día hará un año.
FLOR. ¿Pero qué ha pasado?
PER. Nada; que tu hombre se ha quedado en tierra.
JUA. (Riendo.) Eso. Se le ha escapado el tren.
JER. Y la suerte. (Idem.)
BER. Pero no se me escaparán los cuartos.
PER Como no los cazes al vuelo...
JUA. O con reclamo.
BER. Como pueda.
FLOR. ¿Pero habláis de veras ó qué?
PER. (A Bernardo.) Pensaba que no te gustaba el dinero.
BER. No tanto como á tí.

PER. Creía que no tirabas para rico.
BER. ¿Y tú?
FLOR. ¡Y vosotros, hambrentones!
BER. ¿Predicabas lo que no creías? ¡Ahora te conozco bien!
PER. Has tardado mucho.
BER. Ya se te acabará esa fama de hombre de bien que tienes.
PER. No, mientras sea como siempre.
BER. Hoy mismo.
FLOR. Sí, Bernardo, sí. Publica por todo el pueblo lo que te ha hecho.
PER. No te creerán.
BER. ¡No han de creerme!
JUA. Pero no os enzarcéis así.
FLOR. Todavía es poco... ¡Si yo fuera hombre!
PER ¿Aún quieres ser peor?
FLOR. Si yo fuera hombre ya te hablaría de otra manera.
BER. Corre de mi cuenta, Florentina.
JER. ¿Pero no veis que no tenéis razón?
BER. ¡Aquí y en todas partes!
JER. ¿Con qué lo vais á demostrar?
BER. ¡Ya me espabilaré yo!
PER. ¡A ver cómo lo demuestras!
FLOR. ¡No faltarán razones!
PER Todos saben quién soy.
FLOR. Por eso mismo, todos se asombrarán al ver lo que has hecho con nosotros.
PER. No, no conseguiréis desacreditarme.
FLOR. (Interrumpiéndole.) Ya te puedes preparar.
PER. ¡Deslenguada!
FLOR. ¡Estafador!
PER. ¡Qué!... Quítate delante de mi vista, Florentina.
FLOR. No me da la gana.
PER. ¡Enredadora!
BER. ¡Mal amigo!
PER. ¡Calzonazos!
BER. (Acercándose amenazador.) ¡Repíteme esa palabra! ¡Repítemela!
PER. Más fuerte te las diría, si no fuese por no dar escándalo.
BER. Dilas, dilas.

PER. Vete, Bernardo, vete y no me hagas perder la paciencia.

BER. ¡Avaricioso, más que avaricioso!

PER. ¡Avaricioso tú!

BER. ¡Egoísta!

PER. (Fuera de sí.) ¡Cómo me gustaría tener por una vez, nada más que por una vez, un gran montón de dinero!... ¡Con qué gusto te lo iría metiendo por la boca hasta llenarte bien, á ver si no respirabas ó reventabas de una vez!

BER. ¡Te gusta demasiado! ¡Te dolería mucho! ¡Egoísta, más que egoísta!

PER. ¡Farsante!

BER. ¡Estafador!

JUA. Vaya; basta, basta.

FLOR. ¡Estafadores, más que estafadores!

BER. Vamos, vamos, Florentina.

FLOR. Espera...

BER. Te digo que vamos. (Cogiéndola por un brazo.)

PER. ¡Arre al infierno!

FLOR. ¡Se han de acordar de mí!

BER. Bueno, calla. (Desaparecen los dos por la izquierda del foro discutiendo acaloradamente. Al mismo tiempo vienen Andrés por la escalera y Teresa y Luisa por la segunda izquierda. Luisa limpiándose los ojos.)

ESCENA XVI

DICHOS, ANDRÉS, TERESA y LUISA

AND. ¿Qué es eso? ¿qué pasa?

PER. No se puede tener dinero.

TER. ¿A qué vienen esos gritos?

JUA. Nada; que Bernardo...

TER. ¿Qué? ¿También quiere ahora?...

PER. Sí.

AND. Creí que era enemigo de la lotería.

PER. Eso decía antes.

TER. Y ahora, sin haber querido jugar...

PER. ¡Dice que tiene derecho á nuestra suerte!...

AND. ¿En nombre de qué?

PER. De la amistad.

AND. Y sobre todo del egoísmo.
JUA. Me voy á prevenir á la gente. Que no se crean...
PER. No pases cuidado por eso.
JER. Sí, vamos, por si acaso...
JUA. Más vale curarse en salud.
PER. Deje que digan lo que quieran.
AND. ¿Qué tienes, Luisa? (Acercándose á ella.)
LUISA Nada.
AND. Entonces...
JER. Vaya, ¿nos vamos, abuelo?
JUA. Vámonos, chico.
PER. Os ruego que no os molestéis en decir...
JUA. Déjanos, déjanos á nosotros. (Yendo al foro.)
JER. Andando.

ESCENA XVII

DICHOS y VICENTE sofocado

VIC. ¡Padre!
PER. ¿Qué?
VIC. ¡Ya lo sabe la mitad del pueblo!
JUA. ¡Menudo pregonero!
VIC. Voy á decírselo á la otra mitad.
TER. Ven acá, trapisonda.
VIC. Vuelvo en seguida.
JUA. Espérate, Vicente.
VIC. ¿Viene?
JUA. Sí, hombre.
VIC. Bueno, pues dese prisa.
JER. Vamos, vamos.
JUA. No precipitarse.
TER. Vayan con Dios.
VIC. ¡Viva la lotería! ¡Viva el número diez mil trescientos cuarenta y uno!
JUA. (Riendo.) ¡Vaya un cascabel! ¡Cómo suena!
JER. (Riendo.) Está alegre de veras. (Se van los tres riendo foro izquierda.)

ESCENA XVIII

DICHOS, menos VICENTE, JERÓNIMO y JUANÓN

PER. ¡Si me llego yo á figurar esto!...
AND. Ya se lo podía suponer.
LUISA (Rompiendo á llorar.) ¡Ay, Dios mío, Dios mío!
PER. ¿Qué tiene ésta?
AND. ¿Pero qué te pasa?
LUISA ¡Ay, Dios mío, qué desgraciados somos!
TER. ¿Aún te parece poca suerte?
PER. ¡Y tanta! (Con ironía.)
AND. No pienses... en el premio.
LUISA ¡Pobre de mí, que no he de ver nada.
PER. ¿Quién te ha dicho eso?
LUISA Yo que lo sé.

ESCENA XIX

DICHOS y DRAGÓN por el foro izquierda, muy sofocado

DRA. ¡Barbero! ¡Barbero!...
PER. Hola, Dragón.
DRA. ¿Es cierto lo que se dice?
PER. Sí, por desgracia.
DRA. ¿Cómo? ¿Qué? (Sin comprender.)
PER Que sí, que nos ha tocado.
DRA. ¿Pero es de veras?
TER. (Palmoteando.) ¿Lo ve, hombre?... ¿lo ve?
DRA. (A Teresa.) Su corazón no la engañaba.
TER. Ya lo dije yo.
DRA. Y díganme, díganme, ¿cuántos miles me tocarán?
PER Ya los contaremos después.
AND. Qué... ¿también los guardarás bajo tierra?
DRA. ¡Ca! yo no entierro más que á los muertos.
PER Entonces ya puedes ir preparando la caja.
DRA. Sí, sí. ¡Qué deslumbramiento de monedas!
AND. ¿Dejarás el oficio?
DRA. ¡Vaya!
TER. Muy bien hecho.

DRA. (A Peregrín.) ¿Y el barbero no lo dejará?
PER. Yo, no. (Con dignidad.)
TER. De eso ya hablaremos.
AND. (Con ironía.) Que trabajen los pobres, ¿verdad?
DRA. Los muertos... del bolsillo.
AND. El mundo es de los vivos.
DRA. Eso: de los vivos.

ESCENA XX

DICHOS, el SEÑOR MATÍAS, DIONISIO y FELIPE por el foro derecha, corriendo

MAT. ¡Peregrín!... Dicen que...
FEL. (Interrumpiéndole.) Que nos ha tocado, Peregrín.
PER. Eso dicen.
MAT. Déjame ver la lista.
PER. La tiene Vicente.
MAT. ¿Pero lo habéis mirado bien?
PER. Sí.
DRA. (Señalando el número del espejo.) ¿Qué número tan bonito!
DION. Parece que ríe.
DRA. Le hemos de poner luminarias hasta el día que cobremos. (Luisa se va á sentar en un rincón limpiándose los ojos.)
TER. Está dicho.
DRA. Señor Matías...
MAT. ¿Qué?
DRA. ¿Va usted á seguir en la escuela desasnando á los chicos?
MAT. Sí; pero ahora les enseñaré de balde.
PER. Bien hecho.
MAT. (Dándole la mano.) Se te felicita, Peregrín.
PER. ¿Por qué?
MAT. Por el acierto que has tenido al escoger el número.
PER. ¡Bah! Eso ha sido una casualidad.
MAT. No, no. Si no fueses un hombre inteligente, no nos habría tocado.

TER. ¿Usted cree, señor maestro...?
AND. (Con ironía.) Basta que él lo diga.
DRA. Es muy afortunado Peregrín.
DION. Pues yo no creí que tocaría en este número.
FEL. Yo tampoco.
MAT. ¿Por qué?
DRA. Porque yo doy muy mala sombra.
MAT. ¡No seas supersticioso!
FEL. (Gritando.) Esto hay que celebrarlo.
PER. Cuando cobremos.
DION. No, no; hoy mismo, inmediatamente.
MAT. Y si después...
DION. ¡Hombre, no tenga miedo!
FEL. ¡A celebrarlo! ¡á celebrarlo!
DION. ¡Ya puede venir frío este invierno!
MAT. Con el abrigo que tendremos no habrá cuidado.
DRA. Ahora no nos morimos.

ESCENA XXI

DICHOS, JUANÓN y JERÓNIMO y MAGDALENA por el foro

JUA. Ya estamos aquí otra vez.
JER. Hola, ricos. (Risas y murmullos generales.)
MAT. Que sea enhorabuena.
JUA. Gracias, igualmente.
DRA. ¡Ya ha llegado la nuestra!
MAT. Dale gracias á Dios.
TER. Y á nosotros.
PER. Y al diablo.
DION. ¡Qué bestia!
MAG. (Acercándose á Luisa.) ¿Qué es eso? ¿Qué tiene Luisa?
TER. Es de la misma alegría.
MAG. ¿Y por eso llora?
TER. A mí me parece que el corazón me da brincos.
DION. ¡Brinquemos! ¡Saltemos! ¡Bailemos todos!
DRA. Sí, sí, saltemos.
FEL. Cantemos una...
PER. Sí; unos gozos. (Risas y gritos de alegría. Teresa

y Magdalena se agarran y bailan. Los hombres, excepto Peregrín y Andrés, gritan, andando de un lado para otro, como locos de alegría.)

MAG. (Dejando de bailar.) Vamos, Luisa, levántate y vamos á bailar.

TER. A reir, á reir.

LUISA Déjame, que no estoy para bromas.

AND. ¡Cuánta miseria hay en el mundo!

PER. Parece mentira que el dinero trastorne tanto.

FEL. ¡Viva la alegría!

TODOS ¡Viva!

DRA. ¡Muera la miseria!

TODOS ¡Muera! (Gritos y risas en crescendo hasta el final del acto. Por el foro izquierda Vicente corriendo loco de alegría.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS, VICENTE, en seguida EL DESCONOCIDO

VIC. Ya lo sabe todo el pueblo. (Gritando.)

DION. ¡Viva la lotería!

TODOS ¡Viva!

MAT. Tú, chico, enséñame la lista.

VIC. (Se la da.) Tenga, señor maestro.

MAT. A ver, á ver. (Desdoblándola. Todos se acercan, menos Luisa, Peregrín y Andrés, inquietos, con los ojos muy abiertos. En este momento llega el Desconocido por el foro derecha.)

VIC. ¿Se convencen de que es verdad?

JUA. (En voz baja.) ¡Ay, si no lo fuera!

JER. ¡Pobres de nosotros!

DES. (Acercándose á Peregrín, con sonrisa triste.) ¿Qué es eso, barbero? ¿Os ha tocado la lotería?

PER. Parece que sí. (Un poco pesaroso.)

MAT. (En un arranque de alegría.) ¡Exacto! ¡Parió el del espejo! Mire...

MAG. (Nerviosa.) A ver... ¡Dejármelo ver! (Todos quieren tener la lista. Gritos y confusión.)

VIC. ¡A celebrarlo! (Tirando el sombrero por el aire.)

DION. (Tirando al suelo algunos objetos del tocador.) ¡Viva la algazara!

MAT. (Casi llorando.) ¡Aleluya! ¡Aleluya!

DRA. (Tirando objetos por tierra. Todos tiran algo.)

PER. (Gritando.) ¡Eh!... ¿Qué zafarrancho es este? (Todos callan y quedan suspensos. Pequeña pausa.) ¡Al primero que vuelva á tirar al suelo mis chismes de trabajo, le ahogo!

JUA. ¡Qué genio! (En voz muy baja.)

MAG. ¡Uy, qué hombre éste!

DES. (A Peregrín.) ¡Están muy alegres!

PER. ¡Estos siempre serán pobres! (Por la derecha é izquierda del foro van llegando algunos hombres y mujeres del pueblo, entre ellos Quino y Ramón.)

TELON

ACTO SEGUNDO

La misma decoración del anterior. El calendario de pared marca un día de los últimos de Enero ó primeros de Febrero. Es por la mañana á la hora de almorzar

ESCENA PRIMERA

LUISA, sola, sentada en un rincón, con la cabeza baja y muy afligida. Después de un corto silencio, llega VICENTE por el foro derecha, vestido con la ropa del trabajo y abrigado con un tapabocas

VIC. (Restregándose las manos.) ¡Rediez! ¡Qué frío hace hoy! ¡Parece que nieva! (Acercándose á Luisa.) ¿Verdad que hace frío?

LUISA Mucho. (Sin moverse.)

VIC. Si salieras á la calle...

LUISA No; hace más frío aquí dentro.

VIC. ¿Aquí dentro? ¡No va poca diferencia! (Ingenuamente.)

LUISA ¡Todo está helado en esta casa!

VIC. (Ingenuamente.) ¿Por qué no te arrimas al brasero y te calentarás?

LUISA (Se levanta y va al otro lado de la escena, diciendo entre dientes.) ¡Así nos muriésemos todos de una vez!

VIC. (Extrañado.) ¿Qué dices, mujer? (Cambiando de tono y acercándose.) Vamos, ¿qué tienes? ¿qué te pasa?

LUISA (Con brusquedad.) Nada.

VIC. ¿Qué te he hecho yo para que me trates así?

LUISA Tan bueno eres tú como los otros.
VIC. ¡Vaya si estás de mal humor!
LUISA (Vuelve á sentarse donde la primera vez.) ¡Si las cosas se hicieran dos veces!
VIC. ¡Lléveme el diablo si te entiendo!
LUISA ¡Déjame en paz y no acabes de enfadarme!
VIC. ¿Has almorzado ya?
LUISA No, ni ganas.
VIC. Como quieras. (Se va, pero se detiene al llegar á la puerta de la izquierda.) Luisa...
LUISA ¿Qué quieres?
VIC. (Sonriendo.) Si estuvieras de buen humor, te diría una cosa.
LUISA ¡Lo mismo me da!
VIC. ¡Mira que no te convido á la boda!
LUISA (Con ironía.) ¿También tú quieres casarte?
VIC. Tan pronto, no. Dentro de un par de añitos... Primero tengo que pelar la pava para hacer el aprendizaje.
LUISA ¡Pobre de la mujer que se fía de vosotros!
VIC. ¿Pobre?... (Riendo.) ¡Poquito contenta que está mi novia porque un día de éstos van á ir los padres á pedir su mano!
LUISA ¿Y quién es tu novia? ¿La Siseta?
VIC. Lo has adivinado.
LUISA (Suspirando.) ¡Ay, Señor! ¡Más la valdría ahorcarse!
VIC. (Ofendido.) ¡Mujer! ¿Es que yo soy una mala persona?
LUISA No, tú no, Vicente.
VIC. Entonces, ¿por qué dices esas cosas?
LUISA Mira... Andrés te aguarda dentro.
VIC. ¿A mí? Voy. (Se va un poco extrañado por la puerta de la izquierda.)

ESCENA II

LUISA sola. Continúa en la misma actitud que al principio del acto. En seguida FLORENTINA, que mira por las ventanas del foro, y se decide á entrar después de un corto silencio. Trae un cestillo al brazo

FLOR. (Entrando muy desenvuelta.) Buenos días, Luisa.
LUISA Buenos días, Florentina.

FLOR. ¿Y tu marido, no está?

LUISA Sí, está dentro, almorzando. ¿Quiere que le llame?

FLOR. Déjale comer tranquilo. Tú puedes decirme lo que quiero saber. Porque estarás bien enterada de las cosas de la fábrica.

LUISA Hace días que no me preocupan.

FLOR. ¿No? Es extraño, siendo tu marido el encargado.

LUISA Pues nada, no sé nada.

FLOR. ¿No sabes cuándo volverán á empezar?

LUISA No.

FLOR. ¡Dichosas reparaciones! Yo no sé lo que hacen con esas máquinas, que todos los días las están cambiando.

LUISA ¡No acaban nunca!

FLOR. Y lo pagamos nosotros. Ya hace seis semanas que estamos en huelga, como quien no quiere la cosa...

LUISA (Con ironía.) ¡Así descansamos!

FLOR. ¡Sí! (Señalando á la boca.) Si no fuera por ésta... Pero la gazuza no entiende de razones.

LUISA ¡Qué le vamos á hacer!

FLOR. (Con intención.) A tí no te importa, porque pronto cogerás...

LUISA Me parece que no me hará daño.

FLOR. ¿Qué?

LUISA Nada.

FLOR. ¿Y Peregrín, en qué piensa? ¿Todavía no va á cobrar?

LUISA No le corre prisa, por lo visto.

FLOR. Si á él no le corre prisa, á los otros sí. Ya es hora de que se ocupe de eso, porque la gente empieza á impacientarse, y no falta quien... ya me entiendes. El que más y el que menos se ha echado sus cuentas, y si tu suegro no hace pronto el reparto, puede que no se conformen y le armen una.

LUISA Como que tienen motivos de sobra.

FLOR. Ya lo creo.

LUISA Que tomen ejemplo de mí.

FLOR. ¿De tí? (Sorprendida. Después de un corto silencio.) ¿Y eso?...

LUISA (También en voz baja.) Ya se lo explicaré en otra ocasión.

FLOR. (Con misterio y solicitud.) Tú tienes mala cara. Tus ojos están irritados... Tú has llorado, muchacha, tú has llorado.

LUISA (Suspirando.) ¡Y tanto!

FLOR. ¿Has llorado de alegría ó de tristeza?

LUISA ¡De tristeza!... ¡De rabia!

FLOR. ¡Qué caso más extraño! Porque la lotería para el pobre que tiene la suerte de pescar algo, es una cosa muy alegre.

LUISA Si después no le niegan su parte.

FLOR. (Fingiendo admiración.) ¡Cómo!

LUISA Yo no veré ni un céntimo.

FLOR. ¿Y tu marido? (Idem.)

LUISA Tampoco.

FLOR. ¿Entonces?...

LUISA Dicen que ya nos lo encontraremos todo junto.

FLOR. ¿Pero no guardais la apuntación?

LUISA No nos la llegaron á dar. Descansábamos en su confianza.

FLOR. Como el de casa.

LUISA Si yo hubiera hecho caso de la gente antes de entrar aquí...

FLOR. Buena tonta has sido.

LUISA Cuando fueron á pedirme me prometieron que no me dejarían seguir en la fábrica. Ya lo ve usted, cada día tengo que trabajar más.

FLOR. ¡Si tuvieses padres!...

LUISA ¡Ay, Señor!... ¡Si ellos me viviesen!...

FLOR. De otra manera te tratarían.

LUISA Lo mismo Andrés que yo, en llegando el sábado, les entregamos el jornal de la semana. Ellos nos dan de comer y nos visten. Ellos gobiernan la casa, y lo hacen todo á su gusto. Nosotros no sabemos nada, ni podemos contar con nada. De Teresa no me extraña, pero del suegro no lo hubiera creído nunca. ¡Todo el mundo le tiene por una buena persona!

FLOR. ¡No se puede uno fiar de nadie!

ESCENA III

DICHOS y TERESA por la segunda izquierda.

TER. (Suspensa al ver á Florentina.) ¡Ah! ¿Tú por aquí?

FLOR. (Un poco confusa.) Venía á hacer una pregunta á Andrés.

TER. (Con ironía.) ¿Tienes que verle?

FLOR. Ya no. Luisa me ha dicho lo que hace al caso.

TER. (Con ironía.) ¡Ya!... ¡Ya!

FLOR. Quería saber lo que pasaba en la fábrica.

TER. ¿Y por qué no has ido al despacho?

FLOR. Porque me ha parecido mejor entrar aquí.

TER. (Con ironía.) ¡Ya!

FLOR. ¡Vaya un orgullo!

TER. No tanto como tú, chica.

FLOR. ¡Cómo se conoce que se os acabó la miseria! Pero no te encampanes, que torres más altas han caído.

TER. Si se caen, ya se volverán á levantar.

FLOR. Eso si se puede.

TER. Con el dinero todo se arregla.

FLOR. ¡Cómo te llenas la boca con tu dinero!

TER. Y á mucha honra.

FLOR. Bueno; eso de la honra ya me lo dirás por escrito.

TER. ¿Qué quieres decir, mala lengua?

FLOR. ¡Si no fuese peor la tuya!

TER. No grites, chica, no grites... que ésta es mi casa.

FLOR. ¡No es mala suerte!

TER. Para eso nos ha tocado.

FLOR. (A Luisa.) Mira... todavía me quiere dar dentera.

LUISA No se enfade usted, Florentina.

TER. Lo que has de hacer es no arrimarte mucho por aquí, que se te ven las intenciones.

FLOR. También te veo yo las tuyas. ¿Te figuras que soy como tú?

TER. ¿Qué soy yo? Dilo.

FLOR. Ya arreglaremos cuentas.

TER. Anda y ves á contárselo al Nuncio.

FLOR. A la justicia sí que se lo contaré... A la justicia, ¿me entiendes? Y ya veremos si te sirven los cuartos.

TER (Interrumpiéndola.) Todo eso son papeles mojados.

FLOR. En cambio tú tienes la conciencia seca.

TER. ¡Ay! ¡no me hagas reir!

FLOR. ¡Ríete todo lo que quieras, que luego te tocará llorar!

TER. ¡Qué miedo!

LUISA Pero cállense. ¿Qué dirán las vecinas si las sienten?

FLOR. Ya dicen bastante.

TER Los envidiosos como tú y tu marido son los que hablan. Todos los que no han pescado nada del premio.

FLOR. También jugábamos nosotros, y ya ves lo que hemos pescado.

TER. ¿Qué jugabais? ¿Qué jugabais?

FLOR. Pregúntaselo á tu marido, que lo sabe muy bien.

TER. A ver: preséntame el recibo.

FLOR. ¡Estafadores!

TER. (Amenazadora como dirigiéndose á la calle.) Espera un poco.

FLOR. ¿Dónde vas?

TER. A buscar testigos para que delante de ellos me repitas esas palabras.

LUISA ¡Por el amor de Dios, no den ustedes escándalo!

TER ¡Déjame! Así sabrá esta mala lengua quién soy yo.

FLOR. Corre, corre. Por mí no te detengas. Busca testigos: todo el pueblo, si quieres, que á mí nadie me hará callar. ¿Crees que voy á hacer lo que ésta, que todo se lo aguanta?

TER. ¡Te dejo como cosa perdida!

FLOR. Así te gastes en medicinas todo lo que cobres.

TER. Anda, anda á seguir infernando á las familias.

FLOR. Peor eres tú, que estás haciendo desgraciada á esta pobre muchacha.

TER. (A Luisa.) ¿Oyes lo que dice? Defiéndeme.

FLOR. Eso es lo que faltaba. Que te defendiera, después que la habéis engañado como á nosotros.

TER. (Indignada.) ¿Tú... qué le has dicho?

LUISA Nada... yo no la he dicho nada.

FLOR. Me lo ha contado todo. ¡Sois unos estafadores!

TER. (A Luisa.) ¿Así nos tratas?

FLOR. Lo sé todo... todo.

TER. Si no te vas en seguida voy á llamar á los hombres de casa.

FLOR. ¡Vaya una gente!

TER. ¡Vete! ¡No me sofoques más!

LUISA (Suplicante.) ¡Váyase, Florentina!

FLOR. Antes de marcharme quiero que sepas mis intenciones.

TER. ¿Qué vas á hacer?

FLOR. ¿Qué voy á hacer? Tenlo bien presente. Si el día del cobro no entregas á Bernardo la parte que le corresponde, iré á buscar á un buen saludador y hare que te diga los responsos.

TER. (Con mofa.) ¡Ay, qué miedo!

FLOR. Y no le mandaré parar hasta que me pidas clemencia, ó hasta quo te vea medio muerta, arrastrándote.

TER. Si tú me mandas decir responsos, yo mandaré que te digan misas. ¡Veremos quién puede más!

FLOR. Ya lo veremos. Adiós, Luisita.

LUISA Adiós, Florentina.

TER. ¡Anda al infierno!

FLOR. (Se va muy desenvuelta por el foro.) Me las has de pagar! ¡Me las has de pagar!

ESCENA IV

LUISA y TERESA

TER. (Con pena.) ¡Qué has hecho, desgraciada, qué has hecho!

LUISA Nada.

TER. ¿A qué has contado lo que es y lo que no es á esa enredadora? ¿No ves que está muerta de envidia?

LUISA Si no diesen que decir...

TER. ¿Nosotros? ¿Quieres que repartamos sin más ni más la miaja de suerte que nos ha tocado?

LUISA Yo no quiero más que lo que sea de ley.

TER ¿Pero no sabes lo que pretende Bernardo? En fin, no hablemos más de esto. Piensa en nosotros y todo marchará bien.

LUISA Pero no para mí.

TER Vamos, no seas criatura.

LUISA Sí, que no sea criatura y siga arrastrándome como siempre, dándoles todos mis sudores, mis afanes... sin que yo vea nada ni tenga esperanza de verlo nunca.

TER. ¿Pero quién te ha enseñado semejantes disparates?

LUISA ¿Disparates?

TER. ¿No ves que no tiene razón? ¿Es que nosotros no procuramos por todos?

LUISA Yo lo que sé es que los de fuera de casa, poco que mucho, participarán de la suerte; mientras que Andrés y yo, que tenemos más derecho que nadie, nos quedaremos sin nada.

TER. No digas esas cosas. No sé que me da al oirte hablar así.

ESCENA V

DICHOS, ANDRÉS, segunda izquierda, fumando un cigarrillo

AND. ¿Aun estamos con la misma canción?

TER. Mira, hijo, mira á ver si puedes convencer á Luisa.

AND. ¿Yo? Ya he dicho que no quiero hablar más de este asunto.

TER. ¿Pero no ves cómo se pone?t

AND. Que haga lo que guste... ¡Peor para ella!

TER. Mira que la gente...

AND. (Interrumpiéndola.) La gente que diga lo que

quiera. ¿No tenemos la conciencia tranquila?

TER. Yo sí.

AND. Entonces, ¿qué más quiere?

TER. Que vivamos todos bien avenidos y no demos gusto á los envidiosos.

LUISA Usted tiene la culpa.

TER. ¿Yo?

LUISA Sí, usted, usted.

AND. Basta, basta. ¿Ya volvemos á las andadas? (Llega Peregrín por el foro izquierda abrigado con un tapabocas; muy mal humorado.)

ESCENA VI

DICHOS, PEREGRÍN. Deja en la percha el tapabocas y encima del tocador las navajas que saca del bolsillo

PER. Buenos días.

AND. Hola, padre... ¿Viene de algún servicio extraordinario?

PER. De arreglar al de la torre roja.

TER. Buena caminata.

PER. Lo de menos es el paseo. Lo que me molesta es tener que sufrir...

AND. ¿El qué?

PER. ¡Parece mentira que la gente sea tan desconfiada!

TER. ¿Tienen miedo?

PER. Todos recelan.

AND. ¿Y á usted qué le importa?

PER. Es que no tengo sosiego ni descanso; es que no me dejan vivir tranquilo. Me vigilan, me espían constantemente, y me siguen por todas partes, creyendo que el mejor día voy á escaparme del pueblo.

AND. Eso son aprensiones de usted.

PER. Qué manera de mirar por encima de las tapias cuando salgo fuera del término, esos miserables paletos. ¡Ah, pobres, más que pobres de espíritu! ¡Merecían que cuando los tengo aquí les rebanara el pescuezo!

AND. (Con ironía.) Están impacientes.
TER (Interrumpiéndole.) Que se esperen.
PER. ¡Que trabajen! Sólo piensan en el dinero para quitarse encima el peso del trabajo.
AND. ¿Y por qué no ha ido usted á cobrar á Barcelona?
TER. Porque no pagan todavía.
PER. Hacen bien, después de todo. ¡Que trabaje la gente, que trabaje!
AND. Tan contentos como están todos los parroquianos, y usted tan alicaído. ¡Parece que le ha ocurrido una desgracia!
PER. Claro que sí.
AND. Entonces, ¿por qué compró el billete?
PER. Porque es una costumbre. ¡Malditas costumbres! Los otros barberos también lo hacen, y por tener contenta á la parroquia tiene uno que pasar por muchas cosas que le fastidian. Yo, por mi gusto no me hubiera metido nunca en estos trotes. Porque yo no soy de los que se deslumbran como muchos... Como tú mismo, que sólo esperas que llegue el día de formar rancho aparte.
AND. (Sorprendido.) ¿Yo?
PER. Sí, tú. Y ésta también. No os parecéis á mí en nada.
AND. (Serenamente.) No sé por qué me dice usted eso.
PER. (En una explosión de ira.) Estoy por tirar al fuego los dichosos décimos.
TER. ¡Pobre de tí si lo hicieses!
PER. Créeme que no me costaría mucho.
AND. Padre, no quiera usted que piensen lo que no es.
PER. ¿Qué? ¿Que soy un estafador? ¡Ya empiezan á sospecharlo!
AND. ¿Quién?
PER. Todo el mundo.
AND. Pero yo no.
PER. Todos ven malas intenciones en mí y en Teresa.
LUISA ¿Y por qué nos niegan nuestra parte?
TER. ¿Cuál?
LUISA La de Andrés.

PER. Pero si no lleva nada.
LUISA Debía llevar.
PER. Sí, sí... (Con mucha emoción.) ¿Pero no sabes que los que vivimos para los demás tenemos á veces que sacrificar á los de casa para contentar á los otros?
LUISA Si nos quisieran tanto como dicen, primero habrían pensado en nosotros que en los de fuera.
PER. ¡Pero si todos me acometían! Aunque hubiese tenido el doble de participaciones no me hubieran bastado. ¡Como que todo el mundo va para rico! Ya ves, yo que soy el depositario sólo he podido quedarme con un talón de cinco pesetas; y gracias.
LUISA ¿Y nosotros nada?
TER. ¿Pero no es vuestro todo lo nuestro?
PER. No es lo mismo que el dinero que se cobre vaya á parar á nuestras manos ó á las vuestras?
LUISA Para ustedes puede que sí.
PER. Entonces...
LUISA Pero el día de mañana que usted llegue á faltar...
PER. (Con mucha emoción.) ¡Ah! ¡Ya estás pensando en que yo me muera!
TER. (Horrorizada.) ¡Jesús!
LUISA No, no; si no es que yo piense... Pero una tiene que estar en todo.
PER. ¡Ay, Luisa!
AND. ¡Vaya, no hablemos más de eso!
LUISA Sí; no procuremos por nosotros, que ya verás cuando seamos viejos, si llegamos...
PER. Yo he llegado á viejo dignamente... y en casa nunca ha faltado un pedazo de pan.
AND. Ni faltará nunca mientras tengamos salud.
LUISA (A Peregrín.) No, si no va nada contra usted.
TER. ¿Entonces es contra mí?
PER. (Fuera de sí.) ¡A qué tantas contemplaciones!
TER. Deja, deja... (Interrumpiéndole y agarrándole por un brazo.)
PER. Déjame hablar á mí.
AND. ¡Por Dios!
PER. Deja, deja.

AND. ¿No les da vergüenza tener estas cuestiones por intereses?

TER. ¿Y quién las busca?

LUISA Usted.

TER. Tú, tú las buscas, porque eres una desconfiada.

LUISA Y usted una avariciosa.

TER. (Indignada.) ¿No la oyes, Peregrín? ¿No la oyes, Andrés?

LUISA No piensa usted más que en su otro hijo, en el pequeño.

TER. ¿Yo?... ¡Señor, perdóname, porque iba á decir una barbaridad!

LUISA No procura más que para uno.

AND. ¡Calla!

LUISA ¡Todo es para Vicente!

AND. ¡Te he dicho que calles!

PER. (Angustiado.) ¿No tenéis bastante con mi cariño?

TER. ¿No he llevado en mis entrañas al uno y al otro?

PER. ¿Qué queréis de mí?

TER. ¿Es que soy madre de uno solo?

PER. ¿Queréis mi corazón?

AND. (Desde el foro, bajando la cabeza.) ¡Somos unos miserables!

PER. Yo os daré toda nuestra parte.

AND. (Con convicción.) ¡Yo no pido nada!

TER. (A Peregrín.) Eso no, mientras tengamos vida. Que se esperen á que nos muramos los dos. También el pequeño tiene derecho.

PER. (Muy emocionado, sollozando.) No, lo que es yo, con pocos tragos como éste, me moriré bien pronto... No tengais cuidado... Me moriré bien pronto.

TER. (Abrazandole muy impresionada.) ¡Peregrín! ¡Peregrín!

PER. Déjame.

TER. (Á Luisa y Andrés.) ¿Véis lo que habéis hecho? ¿No os da pena?

PER. (Queriendo marcharse.) Déjame, déjame. Yo no puedo escuchar estas cosas.

TER. No hagas caso, Peregrín, los padres debemos sufrir por los hijos. (Acercándose á Peregrín.)

LUISA Yo no he dicho nada para molestarle...

AND. (Desde el foro, con la cabeza baja, apesadumbrado.) ¡Cuánta miseria!

LUISA Pero una... pensando en lo que puede suceder, echa sus cuentas, reflexiona... ¡Es tan costosa la vida!

PER. Confiad en nosotros. ¡No nos deis una mala vejez!

LUISA ¿Y nuestra juventud?... No se vive solo de ilusiones...

AND. (Desde el foro, moviendo la cabeza.) ¿Ya no tienes ilusiones?

LUISA (Confusa.) Sí; pero...

AND. (Sin moverse del mismo sitio con los brazos en alto.) ¿No tienes fe en la bondad de mis padres?

PER. No, no tiene fe... la estorbamos, Teresa, la estorbamos.

LUISA ¡Les digo que no!

PER. ¡Tú quisieras que ahora mismo fuese á hacer testamento, y que ésta y yo cerráramos los ojos para siempre!

LUISA ¿No oyes lo que me dicen, Andrés?

AND. No, ya no eres aquella chiquilla, graciosa y buena, que era toda mi ilusión.

LUISA Soy la misma de siempre.

PER. Eres una egoísta.

LUISA (Con naturalidad.) Más lo son ustedes.

PER. ¡Qué! ¿Qué dices? (Iracundo, amenazándola para pegarla.)

TER (Agarrándole.) Peregrín.

PER. ¡Déjame; voy á escarmentarla!

AND. (Con mucho respeto deteniéndole serenamente.) Padre... ¡Es una mujer!... Es la mía.

PER. (Como asustado.) Sí; tienes razón... ¿Qué iba yo á hacer? (Silencio corto.) ¡Perdóname, hijo mío! (Luisa se sienta llorando en un rincón.)

TER. Llora, llora si te pesa. (En este momento llega Vicente por la puerta de la izquierda, quedándose admirado.)

PER (Con voz sombría, golpeándose el pecho.) ¡Qué iba yo á hacer!

TER. (Con ternura.) Vamos, Peregrín, vámonos dentro y tomarás alguna cosa.

PER No quiero nada.

TER. Anda, que te sentará bien.

PER. Como tú quieras. (Siguiendo maquinalmente á Teresa, que le tira de un brazo.)

TER. (Amorosa.) ¡Ven! ¡Ven!

PER. (La sigue hacia la izquierda, sin quitar los ojos de Luisa y Andrés.) ¡Perdóname, hijo mío, perdóname!

AND. (Con la cabeza baja, muy avergonzado.) ¡Padre!...

PER. ¡Perdóname!... (En voz baja y grave, marchándose. Teresa y Peregrín se van por la segunda izquierda. Para dejarles paso, Vicente se retira un poco al foro, mirando con ira a Luisa y Andrés.)

ESCENA VII

LUISA, ANDRÉS y VICENTE

VIC. (Después de un corto silencio, en un arranque de sentimiento.) ¿Qué le habéis hecho á padre?

AND. (Con convicción y brusquedad.) Nada.

VIC. (Con más sentimiento que antes.) ¿Qué le habéis hecho, vuelvo á preguntar?

AND. Nada, hombre, nada.

VIC. (Marchándose segunda izquierda, refunfuñando y amenazándoles con el puño cerrado.) Nada.. nada...

ESCENA VIII

LUISA y ANDRÉS

AND. (Después de una pequeña pausa, acercándose á Luisa.) ¿Ves á lo que has dado lugar con tus cosas?

LUISA Ellos tienen la culpa. No miran más que por uno.

AND. ¿Pero por qué has de ser tan ambiciosa?

LUISA ¿Es justo que con nuestra suerte sean felices los demás, mientras que tú y yo no disfrutemos de nada?

AND. ¿Y qué más da, mujer? Piensa en tener salud y en poder trabajar siempre. Bien mirado, el dinero no es tan bueno como parece.

LUISA Pero ayuda á vivir... y asegura el pan.

AND. Más se asegura y más dignamente con nuestro propio esfuerzo.

LUISA Qué bien cuentas, Andrés.

AND. ¡El pobre padre!... Eso que has dicho, ¿sabes? de que cuando él falte...

LUISA (Interrumpiendo.) Yo no me he propasado á tanto.

AND. Si no te lo reprocho. Lo que quiero es que sepas que yo no pienso en esas cosas.

LUISA No nos hará daño lo que nos dejen.

AND. No es que nos haga daño ni provecho... Lo mejor es no acordarse siquiera.

LUISA Yo sí que me acuerdo.

AND. Lo que has de procurar es dejar pronto el trabajo de la fábrica. Me da pena que siendo una mujer tengas que afanarte tanto.

LUISA Y sí que tengo que dejarlo pronto, porque ya no puedo más, Andrés.

AND. Que no puedes... ¿soy desconsiderado contigo?

LUISA Lo son los demás. Dejaré la faena marchándome de esta casa.

AND. ¿Qué dices, Luisa? ¿No estás bien aquí?

LUISA No puedo estar peor.

AND. ¿Por culpa de quién? ¿De mi madre?

LUISA (Con ironía.) ¿Todavía me lo preguntas?

AND. No hagas caso de su genio. Así y todo es muy buena, créeme.

LUISA Eso te parece á tí. Por algo eres su hijo.

AND. ¿Y mi padre? ¿Tampoco es bueno mi padre?

LUISA (Con convicción.) Sí. Pero ya ves cómo me trata.

AND. Eso ha sido un arrebato. (Cambiando de tono.) Pero explícame eso que me acabas de decir.

LUISA (Sin acordarse.) ¿Qué?

AND. ¿Por qué has dicho que tenías que dejar?...

LUISA (No atreviéndose á decírselo.) Porque ya no puedo más.

AND. ¿No estás buena?

LUISA Sí. (Bajando la cabeza.)

AND. (Después de un corto silencio, mirándola fijamente.) ¿No te he defendido antes como debía?

LUISA (Lloriqueando.) Muy poco.

AND. (Mirándola fijamente como esponjándosele el corazón.) ¡Se trataba de mis padres! Y por una cosa tan mezquina...

LUISA Pero también se trataba de mí, que soy tu mujer... (Pausadamente.) y se trata de lo que puede venir.

AND. (Mirándola encantado con los ojos llenos de lágrimas.) Dí... Dí...

LUISA ¿Tú crées que no debemos pensar en asegurar nuestra vida... (En voz muy baja y bajando la cabeza.) por lo que vendrá?

AND. ¡Qué! (Comprendiéndola, en un estallido de alegría.) ¡Qué dices, Luisita!

LUISA (Con mucho pudor.) Ahora ya lo sabes.

AND. Pero... (Riendo y llorando á un tiempo.) ¿pero es cierto lo que me dices?

LUISA (En voz apenas perceptible.) Sí.

AND. (Acercándose á ella como un chiquillo, la abraza y la besa.) ¡Luisita! ¡Luisita! ¡Soy el hombre más feliz del mundo!

LUISA Déjame, ingrato, déjame.

AND. (Alegremente.) ¡Esta sí que es para mí la mayor riqueza!

LUISA ¡Déjame!

AND. Vamos, vamos á darles la buena nueva á los pobres viejos. Anda, que ya estoy rabiando porque lo sepan. ¡Ay, Luisita, Luisita!

LUISA (Con un poco de niñería.) Ellos no tendrán ninguna alegría.

AND. Sí que la tendrán.

LUISA (Queriendo marcharse.) Déjame, no me detengas. (Va hacia el foro.) No puedo más; aquí me ahogo.

AND. (Siguiéndola como encantado.) Luisa, no te vayas.

LUISA ¡Me voy, me voy! Necesito aire.

AND. (Siempre siguiéndola.) Ven, ven.

LUISA No. (Se van por el foro derecha. Aparece Vicente por la izquierda.)

ESCENA IX

VICENTE, en seguida el DESCONOCIDO

VIC. (Gritando amenazador.) ¡Granujas! ¡Malos hijos! (Se queda parado al encontrarse solo. Mira por todas partes y después serenándose, va á escuchar pegando el oído á la segunda puerta de la izquierda. En seguida llega el Desconocido por el foro izquierda, abrigado con un trozo de tapa-bocas. Tiene mejor cara que en el primer acto.)

DES. (Desde la puerta.) Buenos días, muchacho.

VIC. (Volviéndose.) Buenos días.

DES. ¿No está el barbero?

VIC. Sí. ¿Quiere usted servirse?

DES. No, tengo que decirle dos palabras.

VIC. ¿Puede usted esperarse un momentito?

DES. ¿Es que está trabajando?

VIC. Un poco; pero saldrá en seguida. Siéntese usted si gusta.

DES. Me sentaré. (Se sienta en el banco del fondo de cara al público.)

ESCENA X

DICHOS, el SEÑOR MATÍAS, BERNARDO y DRAGÓN por el foro izquierda

MAT. Buenos días, señores.

BER. Salud.

DRA. Dios les guarde.

DES. Buenos días.

BER. ¿Está tu padre en casa, Vicente?

VIC. Sí, dentro. Está almorzando.

MAT. Entonces le esperaremos.

DRA. Yo ya tengo todas mis faenas hechas.

MAT. ¡Qué! ¿Hoy no hay que enterrar á nadie?

DRA. No lo sé; pero ya se arreglarán.

MAT. ¿De esa manera abandonais vuestra misión sagrada?

DRA. Los muertos no llevan prisa.

MAT. ¿Y los vivos?

DRA. Los vivos sí la llevan... para quitárselos de delante.

VIC. ¿Querían ustedes servirse?

MAT. No, Vicente, no. Veníamos con otro objeto. (Sonriendo.)

DRA. (Pasándose la mano por la barba.) Por cierto que á mí no me vendría mal. Empiezo á parecer un erizo. (El Desconocido enciende un cigarrillo.)

ESCENA XI

DICHOS y TERESA por la segunda izquierda

TER. (Sorprendida.) Buenos días.

MAT. Dios te guarde, Teresa. (Bernardo y Dragón saludan con movimiento de cabeza muy afables.)

TER. (Mirando de reojo al Desconocido, que está fumando.) ¿Qué se le ofrecía?

DES. Vengo á hablar un momento con su marido.

DRA. Me parece que oigo sus pisadas.

TER. Sí; ahora viene.

BER. ¿Ha acabado ya de almorzar?

TER. Sí. (A Vicente.) Anda, vé y dile á tu padre que aquí le buscan. (Mutis Vicente segunda izquierda.) Han venido en mala hora.

MAT. ¿Y eso?

TER. Pero lo mismo da.

ESCENA XII

DICHOS menos VICENTE

TER. ¿Dónde estarán Luisa y Andrés?

MAT. ¿Qué?

TER. No, nada. (Acercándose al Desconocido.) Y usted, ¿qué quería?

DES. Espero al barbero.

TER. (Con recelo.) ¿Le interesa mucho verle?

DES. Tanto como á él.

TER. (Con ironía.) Ya... (Se siente toser á Peregrín.)

DRA. Ya viene.

BER. (En voz baja al señor Matías.) Usted llevará la batuta.

MAT. Déjeme hacer á mí.

ESCENA XIII

DICHOS y PEREGRÍN por la segunda izquierda

PER. (Parándose sorprendido al pie de la puerta.) ¡Hola! ¡Tanto bueno por mi casa!

MAT. Se te saluda, Peregrín.

TER. (A Peregrín) Despacha primero á este hombre.

DES. (Acercándose sonriendo.) ¡Salud, barbero!

PER. (Mirando con recelo á Teresa.) ¿Qué hay de nuevo?

DES. (Sonriendo.) Ya puede ver. (Todos le miran con curiosidad y extrañeza.)

PER. (Con mucho afecto.) ¿Ya estás bueno?

DES. (Sonriendo.) Bien se me conoce en la cara.

PER. ¿Ya trabajas?

DES. Sí; y hoy he cobrado la quincena.

PER. Bueno, muchacho, me alegro.

DES. Gracias. ¿Qué le pasa á usted?

PER. Nada. ¿Querías arreglarte?

DES. No. He venido para saldar aquello... ¿sabe?

PER. (No sabiendo qué hacer mirando á Teresa.) Ya lo arreglaremos otro día.

DES. Tenga. (Entregándole seis pesetas.) Es esto, ¿verdad?

PER. (Vacilando.) Seis pesetas.

DES. Justas.

PER. (Vacilando y mirando á Teresa.) ¿Las necesitas?

DES. No

PER. Es que si las necesitas puedes llevártelas.

DES. Se agradece. (Dándole la mano.) Y si en algo puedo serle útil...

PER. (Emocionado.) Gracias.

TER. (Contenta.) Y usted también lo sabe de nosotros.

DES. (Marchándose por el foro derecha.) ¡Salud, señores!

(Todos le saludan con un ligero movimiento de cabeza, admirados.)

TER Vaya con Dios.

PER. (Mirando las seis pesetas.) Más alegría siento al recibir este dinero, que todo lo que me toque de la lotería.

ESCENA XIV

DICHOS menos el DESCONOCIDO

BER (Después de un corto silencio.) Bueno, y ahora podemos hablar.

PER. (Con recelo.) ¿Qué?

BER. Ante todo quisiéramos que no te ofendieses; pero es el caso...

PER. Dí. (Muy extrañado.)

BER. ¿Qué se sabe del cobro? Ya hace muchos días que la gente espera y...

PER. ¿Pero tú tienes que cobrar alguna cosa?

BER. Sí.

PER Ya me presentarás el recibito cuando llegue el momento.

BER Lo he perdido.

DRA. ¿Qué? Yo pensaba que no quiso llevar nada.

BER. Es que descansaba en la confianza de que Peregrín...

MAT. Ya le he dicho que esos eran papeles mojados.

BER. Yo los pondré á secar, señor maestro.

PER. El tuyo es un pleito perdido.

DRA. (Con sarcasmo.) ¡Es un muerto!

BER. Ya hablaremos de eso.

PER. Contigo no tengo que entenderme para nada.

BER. En este asunto llevo la voz de la mayoría de tus parroquianos.

PER. ¡Valiente abogado!

MAT. Mira, Peregrín, la gente, en vista de que va pasando el tiempo y no cobra...

PER. (Interrumpiendo.) Desconfía de mí. Tiene miedo de que les estafe, ¿verdad?

MAT. Nada de eso, hombre.

PER. Entonces, ¿qué?

MAT. Todo el pueblo sabe que tú ..

PER. Explíquese, señor maestro.

MAT. La gente está enterada de que tú eres el depositario de nuestra fortuna. Se ha anunciado tanto, hasta los periódicos han hablapo como de una cosa extraordinaria... Y para evitar que los ladrones... ¿me entiendes?

BER. (Más desanimado.) Diga usted... Diga usted.

MAT. Que para evitar un disgusto...

PER. (Interrumpiéndole.) ¿Porque me roben?

MAT. Exactamente. Nosotros habíamos pensado que mientras llega el día del cobro podían depositarse los tres décimos que tú tienes guardados, en la rectoría. ¿No te parece?

PER. (Con ironía.) ¡Ya!

MAT. Y así tu quedarías á cubierto de toda responsabilidad.

BER. Y el señor rector, que es persona ilustrada, podría hacer el reparto.

PER. Eso es desconfianza, señor maestro.

MAT. No, hombre, no.

PER. Sí, eso es desconfianza.

MAT. No lo creas.

PER. Mientras he sido pobre, todos me han respepetado, me han tenido por un hombre de bien. Ahora, porque la fortuna se ha acordado de mí, ya dudan y no me creen bueno. (Muy nervioso.) A mí pueden robarme y al señor rector, no... Yo no os inspiro ninguna confianza, el señor rector, sí. Yo, que he llegado á viejo estimado por todos, no puedo ser buen guardador de vuestras miserias lo mismo que un capellán joven á quien no conocéis tan á fondo como á mí, y á quien respetais á ojos cerrados, como si para él no existiera la tentación. ¡Ah! ¡no, no! No haré lo que me pedís. Yo soy el responsable. Os respondo con la vida.

MAT. ¿Y si algún ladronzuelo?...

PER. No hable usted de ladrones... No se vayan á ofender.

MAT. Tú me faltas.

PER. Y usted á mí.

TER. ¿Qué se han pensado de nosotros?
BER. Sois como todo el mundo.
DRA. ¡Claro!
BER. Nadie está libre de una tentación.
PER. ¡Miserable!
MAT. ¡Prudencia, señores!
DRA. (Con sarcasmo.) Mucho te quiero, perrito; pero pan poquito.
MAT. ¿Qué?
DRA. ¿Y si me diesen á mí los décimos para que que yo los guardara?
BER ¿A tí?
DRA. Sí. ¿Hay un escondrijo más seguro que el cementerio? Cualquiera se aventura á entrar en la casa del sepulturero, vigilada por los muertos.
BER. (Con recelo.) ¿Y tú...?
DRA. ¿Qué? ¿No soy de confianza?
PER. (Con sarcasmo.) ¡Cómo recelan los unos de los otros!
DRA. Yo me ofrezco.

ESCENA XV

DICHOS y JUANÓN por el foro derecha. Llega fatigado, radiante de alegría y con un periódico en la mano

JUA. (Gritando.) ¡Peregrín!... ¡Peregrín!... Muchachos... Ya podemos cobrar.
DRA. (Con viveza.) ¿Qué? ¿Ya pagan?
JUA. Sí: lo dice el periódico.
BER. Hay que ir en seguida.
PER ¿Es que queréis ir ahora mismo?
DRA. Yo soy uno.
MAT. Y yo dos.
BER. Y yo...
PER. No: tú no tienes nada que hacer en esto.
BER Os ayudaré á contar la moneda.
MAT. La prudencia aconseja que no nos acompañe.
PER ¿Sale ahora algún tren?
MAT. A las diez sale uno.

PER. Iremos, y esta misma tarde se puede hacer la repartición.
DRA. (Con frenesí.) Vamos allá.
BER. ¿Y vas á dejar tu obligación?
DRA. Mi obligación es cobrar.
JUA. Voy á dar la noticia á los interesados.
DRA. Que se esperen.
JUA. Me voy; me vcy. (Mutis foro izquierda.)

ESCENA XVI

DICHOS menos JUANÓN

PER. (Paseándose inquieto de un lado á otro.) Esperad un momento: Teresa...
TER. ¿Qué quieres?
PER. Dame las llaves de la cómoda.
TER. (Nerviosamente le da unas llaves que saca del bolso de la saya.) ¿Sabes dónde están los décimos?
PER. Sí: en el secreto.
DRA. (Con fruición.) ¡Ah! ¡mi casita roja!
PER. En seguida salgo.
MAT. A escape, Peregrín. A escape.
PER. ¡A ver si acabamos de una vez! (Mutis segunda izquierda.)

ESCENA XVII

DICHOS menos PEREGRÍN; en seguida VICENTE

TER. ¡Vaya! ya estarán ustedes contentos.
VIC. (Saliendo segunda izquierda.) Madre... ¿es cierto que ya pagan?
TER. Sí, hijo mío. (Muy alegre.)
VIC. Yo quiero ir á verlo.
TER. Pídele permiso á tu padre.
PER. (Gritando desde dentro.) ¡Teresa!...
DRA. La llama.
PER. (Idem más fuerte.) ¡¡Teresa!! Ven.
TER. (Asustada.) ¿Qué le sucede? (Se siente un ruidoso abrir y cerrar de cajones.)

VIC. Corra usted, madre, que no sé lo que está haciendo mi padre. (Matías y Dragón se miran asustados. Bernardo sonríe maliciosamente.)

TER. (Se va segunda izquierda queriendo disimular la situación.) ¡Dios mío! ¡Dios mío!

VIC. (Siguiéndola, vase.) Vamos, vamos. (Sigue el ruido de cajones.)

ESCENA XVIII

DICHOS, menos TERESA y VICENTE

DRA. (Azoradísimo mirando al señor Matías.) ¿Qué significa esto?

MAT. Veremos, veremos.

BER. Fíese de la gente.

PER. (Dentro, desesperado.) ¿Quién los ha cogido?

TER. (Dentro.) Mira bien.

DRA. No encuentran los papeles.

BER. Ni los encontrarán tampoco.

PER. (Dentro.) ¡Os ahogaré á todos!

MAT. (Horrorizado.) ¿Habéis oído?

DRA. ¡Ahora que ya lo sabíamos con seguridad!

MAT. ¡Ahora que ya estaba comprobado en la lista oficial!

ESCENA XIX

DICHOS, PEREGRÍN que sale desesperado seguido de VICENTE

BER. ¿Qué? ¿Ya te han robado?

PER No lo sé.

DRA. ¡Pobres de nosotros!

PER. (Con nerviosidad y frenesí.) Vicente: mira en el cajón de las navajas.

VIC. ¿Cómo van á estar allí?

PER ¡Te he dicho que mires! (Imperiosamente.)

MAT. No te apures, Peregrín.

PER. (Paseándose de un lado á otro, atribulado.) Pero, ¡si yo los tenía en la cómoda tan bien guardados!... ¡Vicente!...

VIC. ¿Qué quiere usted? (Revolviendo el cajón.)

PER. ¿Dónde están Andrés y Luisa? (Matías y Dragón cambian una mirada de inteligencia recelosamente.)

VIC. No lo sé.

MAT. ¿Quieres que te ayudemos?

PER. (Abre el armario y lo registra todo, tirando al suelo, con rabia, los paños.) No necesito á nadie. ¡Nosotros somos los únicos responsables!

MAT. ¡Calma, Peregrín!

PER. Teresa... ¿los encuentras?

TER. (Dentro.) ¡No! (Peregrín, no sabiendo que hacer, va de un cajón á otro que encuentra cerrados, y se tira de las cabellos.)

PER. ¡Oh! ¡Qué pensarán de mí! ¡Teresa!... ¡Regístralo todo!... ¡Estréllalo todo!

ESCENA XX

DICHOS, LUISA y ANDRÉS, por el foro derecha

AND. (Muy cariñoso.) Anda, mujer, anda. (Matías. Dragón y Bernardo, los miran recelosamente.)

VIC. (Bruscamente á Luisa.) Tú... ¿dónde están los décimos?

LUISA (Sobresaltada.) ¡Qué sé yo!

AND. ¡Qué! ¿No los encuentran?

VIC. Esta debe saber dónde están.

LUISA (Llorando.) ¿Yo?... ¡Esto sólo me faltaba!

AND. No llores, Luisa.

PER. Vicente, vete á ayudar á tu madre. (Se oye un gran chillido de Teresa.)

DRA. (Con voz concentrada.) ¿Qué es eso?

VIC. (Horrorizado.) ¿Qué le pasa á mi madre?

PER. (Con terror.) ¡Parece un castigo!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y TERESA

TER. (Sale Teresa corriendo y gritando como una loca con los décimos en la mano.) ¡Ya están aquí! ¡Yo los he encontrado!

PER. ¿Dónde?

TER. (Con mucha alegría.) ¡Míralos, Peregrín, míralos!

PER. Pero, ¿dónde estaban?

TER. En la urna de la Virgen. Yo misma los saqué el otro día de la cómoda y ya no me acordaba.

MAT. Todo se encuentra en este mundo.

PER. (Metiéndose los décimos en el bolsillo.) Vengan, vengan... Y vámonos en seguida, que quiero quitarme cuanto antes esta angustia de encima.

MAT. ¡En danza!

PER. Vaya usted delante.

TER. ¿Volverán hoy mismo?

PER. Sí; esta tarde. Dilo para que lo sepa todo el pueblo.

TER. Abrígate.

PER. Lo mismo me da.

DRA. Vamos allá. (Intranquilo.)

PER. Vamos. (Saliendo. Peregrín, Dragón y el señor Matías, desaparecen como alucinados, por el foro izquierda. Teresa les acompaña hasta la puerta y Vicente también. Luisa sigue llorando, consolada por Andrés.)

BER. ¡Buena suerte hemos tenido!

PER. (Deteniéndole á la puerta.) ¡Tú no has tenido ninguna!

TELON

ACTO TERCERO

La misma decoración. Es al obscurecer. Al levantarse el telón, Vicente acaba de afeitar á Ramón, en un sillón del fondo, pasándole el paño por la cara para darle polvos. El Tuerto lee un periódico, sentado en el banco de la derecha.

ESCENA PRIMERA

VICENTE, RAMÓN y el TUERTO

VIC. (Dejando el paño en la primera puerta de la izquierda.) ¡El último!

RAM. ¿Qué dices?

VIC. El ultimo parroquiano á quien sirvo. ¡Ya no quiero hacer de barbero en mi vida!

RAM. (Riendo y dándole un real en calderilla.) Ten, ten, Vicente.

VIC. Déjelo, déjelo...

RAM. ¿Es que no me quieres cobrar?... Mira que yo no estoy abonado.

VIC. Déjelo, que por eso no hemos de reñir.

RAM. (Dejando el dinero encima del tocador.) ¡A cada uno lo suyo!

VIC. Bueno. Serán para los pobres.

RAM. Vamos, Tuerto.

TUER. (Deja el periódico sobre el banco y se levanta.) Vamos.

VIC. Vuelvan en seguida, que mi padre está á punto de llegar.

RAM. No faltaremos.
TUER. Salud, Vicente.
VIC. Vayan con Dios.

ESCENA II

VICENTE, en seguida TERESA. Vicente, impacientísimo, mira á la calle desde la puerta. Después de un corto silencio aparece Teresa por la escalera de la derecha

TER. Chico... Vicente... ¿No me has oído?
VIC. (Desde el mismo sitio, volviéndose para mirarla.) ¿Qué manda usted?
TER. Entra, que hace frío...
VIC. Cuánto tarda mi padre.
TER. (Sonriendo.) Ya vendrá, no te apures.
VIC. ¿Y si le han robado?
TER. No va él solo.
VIC. Sí... que los que le acompañan...
TER. No seas tan desconfiado.
VIC. Ya está obscureciendo, y si se les echa la noche encima...
TER. No tengas miedo.
VIC. ¿Sabe usted á quién temo?
TER. ¿A quién?
VIC. A Bernardo y su mujer.
TER. ¡Valiente par!
VIC. No les vayan á esperar detrás de alguna esquina...
TER. Vaya, vaya... Enciende las luces que no se ve.
VIC. (Enciende un par de mecheros.) ¡Tienen un ansia por el dinero!
TER. Eso sí.
VIC. Yo me voy á esperarle á la estación.
TER. No quiero que te muevas de casa.
VIC. Mire que si les roban...
TER. ¡No me lo digas más! (Extremeciéndose.)
VIC. ¡Ah!... ¿Quién dirá usted que se ha agregado á la comitiva?
TER. ¿Jerónimo?
VIC. No: Felipe.
TER. Ese es de nuestra confianza.

VIC. Les ha prestado unos talegos que tiene para que traigan los cuartos.

TER. (Haciéndole fiestas.) ¡Ay, hijo mío, cuánto dinerito vamos á cobrar!

VIC. Y más nos hubiera tocado si mi padre no fuese tan tonto.

TER. El siempre procura por los de fuera de casa.

VIC. (Haciéndole fiestas.) ¡Dígame, madre, dígame...! ¿Irán ustedes en seguida á pedirme á la Siseta?

TER. ¡Qué prisa tienes!

VIC. Sí, sí... Cuanto antes mejor.

TER. ¿Lo has pensado bien?

VIC. Sí.

TER. ¿No hay en el pueblo otra que te guste más que ella?

VIC. Ni en el pueblo ni en el mundo entero.

TER. Mira que yo conozco una más guapa y que tiene cuartos.

VIC. ¡No me hable usted de intereses!

TER. Dinero llama dinero, hijo mío.

VIC. ¿Y el cariño?

TER. (Riendo.) ¡Qué cosas tienes!

ESCENA III

DICHOS. ANDRÉS por el foro izquierda muy abatido

AND. Buenas tardes.

TER. ¿De dónde sales, Andrés?

AND. De la fábrica, de ver al director.

TER. ¿Y qué dice?

AND. Parece que empezaremos el lunes.

TER. Ya era hora.

AND. ¿Dónde está Luisa?

VIC. Ahora mismo estaba en el comedor, arrimada al brasero, haciendo no se qué con un montón de ropa blanca.

AND. ¿Está más tranquila?

TER. (Queriendo disimular.) Sí, hombre, sí.

VIC. Oye, hermanito.

AND. Qué.

VIC. ¿Quieres venir á la estación á esperar al padre y á los otros?

AND. No. Ya vendrán si quieren.

TER. ¿No estás de humor?

AND. ¡No mucho!

TER. Lo que es para darte disgustos, es buena la joven.

AND. Ustedes son los que me los dan con sus cosas.

TER ¿Todavía te acuerdas de lo de esta mañana? ¿No ves que ni el uno ni el otro sabían lo que se hacían, de puro atribulados que estaban?

AND. ¡No piensan más que en el dinero!... ¡Me temo que va á ser nuestra desgracia!

TER (Riendo) ¡Que vengan muchas rabietas como ésta!

AND. Fíjese en mi padre...

TER. Lo que hace falta es que no le aturdais tanto... (Vicente, impaciente, vuelve á mirar hacia la calle.)

AND. Mi padre es un buen hombre que no se preocupaba del dinero.

TER. Porque no lo ha tenido nunca. Yo no sé como son los de esta casa... ¡Ni que fuésemos millonarios!

AND. ¿Qué quiere usted decir?

TER. Nada. Que en vez de estar alegres, no hacemos más que regañar. Vicente y yo somos los únicos que estamos contentos.

AND. No les envidio esa alegría.

TER. ¡Sí que eres raro!

AND. (Se va hacia la izquierda.) Más lo son ustedes.

TER. ¿Dónde vas?

AND. A ver que hace Luisa. (Mutis por idem.)

TER. ¡Dichosa Luisa!

ESCENA IV

DICHOS, menos ANDRÉS

VIC. (Entrando corriendo en escena.) ¡Madre!

TER. (Con vivacidad.) ¿Los has visto?

VIC. No.
TER. ¿Entonces, qué pasa?
VIC. Me parece que vuelve el abuelo Juanón.
TER. ¡Ya ha venido tres veces!... No hace tantos viajes una abeja al panal como éste hombre á nuestra casa.
VIC. ¡Y para que querrá tanto dinero sin tener hijos!

ESCENA V

DICHOS y JUANÓN, por el foro izquierda muy apresurado

JUA. ¿No han venido esos todavía?
TER. Todavía no.
JUA. ¡A ver si les ha pasado alguna cosa!...
VIC. ¿Quiere usted venir á esperarles conmigo?
JUA. Vamos, Vicente.
TER. ¡Qué intranquilidad!
JUA. ¿No llega ahora un tren?
VIC. Creo que sí.
JUA. Entonces, vamos.

ESCENA VI

DICHOS, JERÓNIMO y DIONISIO, por el foro derecha.

JER. ¿Qué se hace?...
VIC. ¡Hola, Jerónimo!...
DION. ¿Y esos?
TER. Deben estar llegando.
JER. ¿Pagarán hoy mismo?
TER. Sí, hombre, sí... En seguida.
VIC. ¿Trae el papelito?
JER. (Palpándose el bolsillo de dentro.) ¡Vaya!
DION. ¿Es que no nos pagarían si lo hubiésemos perdido?
VIC. ¡Claro que no!
TER ¡No le hagas caso!
JUA. (Riendo.) ¡Es muy bromista!
DION. Vamos, Juanón... ¡Qué disgusto á la vejez!

JUA. (Riendo con fruición.) ¡Este no sé si le podré resistir!
JER. Y poco bien que le vendrán estos cuartejos para acabar de ahogar á los paletos...
JUA. (Con naturalidad.) ¡Se lo doy bien barato!
DION. A real por duro.
TER. ¿Al año?
JUA. (Con naturalidad.) No; al mes.
VIC. ¡Así sí que se dobla el capital!
JUA. ¡Que le vamos á hacer!

ESCENA VII

DICHOS. MAGDALENA, foro izquierda, muy sofocada

MAG. ¿Pagan ya? (Todos se echan á reir.) ¿De qué se ríen?
JER. ¡Chica, has llegado tarde!
MAG. (Un poco turbada.) ¿Qué dice?
DION. Ya está todo repartido y bendito. (Grandes risotadas.)
MAG. (Enseñando la apuntación.) Bueno. Yo no me muevo de aquí, hasta que cobre... ¡Uno ú otro me lo tienen que arreglar!
JUA. Claro... No sé de dónde van á salir las misas.
MAG. ¡Qué se espabilen!... ¡Si no iré á dar parte á la Justicia!
JUA. Que venga tu marido.
MAG. Está enfermo.
TER. (Riendo.) ¡Qué tonta eres!
JUA. (Idem.) Todo te lo crees.
DION. (Idem más fuerte.) ¡Qué miedo tenemos!
TER. ¡Y tanto!
JER. ¡Como que uno no se ha visto nunca en estos trotes!...
MAG. (Muy desenvuelta.) Bueno... ¿Han pagado ya ó no? (Vicente va y viene diferentes veces del foro.)
JUA. (Riendo.) No, mujer, no.
TER. No pases cuidado.
DION. Todavía están los dineros por el camino.
JER. Ya viene...
TER. Ya se acerca...

DION. Oye cómo zumban y saltan.
MAG. Vamos. Están de broma.
VIC. (Impaciente, acercándose al grupo.) Ea; ¿quién se viene conmigo?
JUA. Yo.
JER. Y yo también.
DION. Vamos á buscarlos.
JUA. Bueno... No alarmemos al pueblo.
JER. ¿Vamos, Magdalena?
MAG. Vamos.
JUA. Pasad, vosotros delante.
TER. Vicente... No quiero que te muevas de aquí.
VIC. Volvemos en seguida.
JER. Déjelo venir.
MAG. ¡Qué saltos me da el corazón! (Yendo hacia el foro.)
VIC. Y á mí. (Idem.)
JUA. No armar mucho jaleo.
TER. (Sonriendo.) ¡Ay, Señor!

ESCENA VIII

TERESA, sola. En seguida LUISA y ANDRÉS. Teresa mira un rato á la calle. Después de un corto silencio se siente llorar á Luisa que sale con un lío de ropa al brazo. Andrés muy afectado procura detenerla

AND. No, no quiero que te vayas.
LUISA Déjame marchar... No puedo estar más en esta casa.
TER. (Entrando en escena.) Vamos... ¿ya estáis aquí otra vez?
AND. Te digo que no quiero que te vayas.
TER. Pero, ¿qué es eso? ¿Qué es lo que pasa?
AND. Nada. (Toma el lío de Luisa y lo tira sobre un banco.)
LUISA (Yendo á sentarse en un banco.) ¡Todos han de hacer de mí lo que quieran!
TER. ¿Por qué?
AND. No digas eso, mujer. Creí que ya estarías completamente sosegada.
TER. ¿Pero por qué habla de marcharse?
LUISA Porque sí: porque aquí me moriría.

TER. Pues por mí... déjala marchar, hombre.

AND. Justo. Eche usted más leña al fuego.

TER. No me gusta que nadie esté descontento. Si se quiere ir, que se vaya. Tiene las puertas bien abiertas.

LUISA Por usted ya lo creo. ¡Cómo se conoce que no llevo su sangre! Ya puede una ser todo lo buena que quiera; pero como los hijos...

TER. ¿Pero qué estás diciendo, criatura?

LUISA Yo no significo nada para ustedes. Les molesto, ya lo veo. Les doy pena. ¡Me aborrecen!... ¡Me tienen aburrida!

TER. ¿Quieres qué te llevemos en palmitas?

LUISA Yo no quiero tanto. Lo que quiero es que Andrés me crea y que me deje hacer.

TER. Sí; y que te siga y que abandone á sus padres.

LUISA El uno me niega lo mío; el otro me amenaza; el otro para acabarme de matar me trata de ladrona.

AND. Pero, mujer, hazte el cargo...

LUISA Sí, y que vaya consumiéndome poco á poco, sin que nadie tenga lástima de mí.

AND. ¿No ves que me ofendes, Luisa?

TER. Déjala, que diga lo que quiera.

LUISA ¡Si yo tuviera padres! ¡Si no estuviera sola en el mundo!

AND. ¿Quieres que por cuestiones tan insignificantes me indisponga con los de casa?

LUISA No. Ya sé que eso no puede ser. Tira mucho la sangre.

TER. Lo cierto es que entre uno y otro vais á matar al pobre Peregrín. No os dáis cuenta de lo que le afectan estas cuestiones de familia. En cuatro días ya parece otro.

AND. ¡Bien lo veo!

TER. Entonces, ¿por qué no procuras convencerla?

LUISA ¿Le parece á usted que aun es poco lo que mira por ustedes?

AND. Pero, ¿qué quejas tienes de mí?

TER. Que la quieres demasiado; por eso se queja.

LUISA (Con ironía.) Sí, demasiado.

TER. Te quiere más que á nosotros.

AND. Madre... calle usted. Hágame el favor.

TER. Que se calle ella primero.

AND. Bien mirado, ella puede que tenga razón.

TER. Eso es: dale más alas á la niña.

AND. ¿Qué más quieren de ella? ¿Aún les parece poco?

TER. Nadie le pide nada.

AND. Entonces, ¿por qué la tratan así? Luego se quejan porque no está de humor.

TER. Ella se lo busca.

AND. Y usted la ayuda.

TER. ¿Yo?

AND. No sé que más van á pedirle. Una muchacha que no para de trabajar; que les ayuda todo lo que puede; que en vez de estarse en casa, como debiera estarse, se pasa el día sujeta en la fábrica, mirando por nosotros.

TER. Que no vaya más.

AND. Se lo ha dado todo como yo, sin que la duela... y ahora, por una tontería, por una equivocación del padre, todo son trastornos y disputas.

TER. Ella es la que se disgusta.

LUISA (Levantándose para marcharse.) ¡Déjame!

AND. (Deteniéndola.) ¡Ya he dicho que no quiero que te vayas!

LUISA Si he de morirme de pena, vale más que no me vean.

AND. No: no te irás. No te lo consiento.

LUISA Déjame marchar.

AND. ¡No, que te llevas mi corazón! ¡Quiero el hijo que me has prometido!

TER. (Sobresaltada.) ¿Qué dices, Andrés?

AND. ¡Quiero nuestro hijo!

TER. ¿Es verdad eso?

LUISA Déjame marchar. Ya me defenderé yo sola.

AND. Ahora eres mía, toda mía.

TER. ¿Pero es cierto lo que dices?

AND. (Muy emocionado.) ¡Sí, madre, sí!

TER. (Interponiéndose entre los dos.) No, no te irás. Peregrín se moriría de pena si te marchases.

LUISA No puedo resistir más.

TER. (Llorando de alegría.) ¡Luisa... Luisita! ¡Por compasión; no nos abandones ahora! ¡No

nos niegues la alegría mayor de nuestra vejez! Yo no estoy ofendida, no. Todos te queremos en esta casa. Ninguno queremos que te vayas de nuestro lado. ¡Luisa, Luisita, hija mía!

LUISA (Llorando amargamente.) ¡Andrés!

TER. (Abrazándola y besándola.) ¡No... yo no quiero que tú te vayas! (La besa y la acaricia con frenesí. Después de una pausa larga, llegan Florentina y Bernardo por el foro derecha muy decididos.)

ESCENA IX

DICHOS, FLORENTINA y BERNARDO

FLOR. (Entrando antes que Bernardo.) Aquí estamos otra vez.

BER. Ahora nos veremos las caras.

TER. Bueno, ¿y qué es lo que queréis?

BER. ¿Han venido esos?

TER Todavía no.

FLOR. Entonces los esperaremos.

AND. (A Luisa, que sigue llorando.) Anda, vamos arriba, Luisa.

FLOR. (Con intención.) ¿Qué le pasa á ésta?

TER. No se encuentra buena.

FLOR. (Con más intención.) ¡Pobre muchacha!

AND. (Mutis con Luisa por la escalera de la derecha.) Ven, ven.

ESCENA X

DICHOS menos LUISA y ANDRÉS

FLOR. Vais á enterrarla mártir á esa infeliz.

TER. Ocúpate de tus asuntos, que ya tienes bastantes.

FLOR. ¡Si fuera hija mía!

TER. ¿Pero qué es lo que buscais aquí?

BER. Lo que nos pertenece.

FLOR. Sí, hijo, sí: mantente firme.

TER. Por lo visto, tenéis ganas de armar camorra.

FLOR. No tanto como tú.

TER. Jamás se ha visto en ninguna parte del mundo lo que estais haciendo con nosotros.

FLOR. ¿Y lo que ha hecho tu marido con Bernardo?

TER. Peregrín es incapaz de eso que le culpais.

FLOR. Peores cosas haría si le dejaran.

TER. (Con ira.) ¡Vete!

FLOR. No me da la gana.

TER. ¡Fuera de aquí, gentuza!

BER. Espérate un poco.

TER. ¡Sólo faltábais vosotros!

FLOR. ¿Pues qué te figurabas? ¿Crées que todos son como Luisa?

TER. Vete y no me acabes la paciencia.

FLOR. ¡Ay, sí, pobrecita! ¡qué lástima!

ESCENA XI

DICHOS y VICENTE, que llega por el foro derecha muy sofocado.

VIC. (Gritando.) ¡Madre!... ¡Ya están aquí!

TER. ¡Ay qué angustia siento!

FLOR. (A Bernardo.) A ver cómo te portas.

BER. Déjame hacer á mí.

VIC. (Mirando fuera.) ¡Ya vienen! ¡ya vienen! (Desaparece más deprisa que vino. Se oye un gran rumor que se va acercando gradualmente.)

TER. (Desde el portal.) ¡Qué gritería!

FLOR. (A Bernardo.) Oblígale.

BER. Déjame á mí.

TER. (Mirando á la calle.) ¡Cuánta gente! (El rumor crece y se acerca. Por la izquierda del foro se ven pasar grupos de chiquillos y de personas mayores, que van á buscar el gentío que se aproxima.)

FLOR. (A Bernardo.) Aprovecha la ocasión.

BER (Imperioso.) ¡Cállate si puedes!

FLOR. Mira que no cobrarás.

TER. (Desde el portal.) No los dejan andar.

VIC. (Vuelve saltando y más contento que antes.) ¡Ya están aquí! ¡Ya están aquí, madre!

TER. (Entrando en escena.) ¡Vaya un jaleo que nos espera!

VIC. ¡Y eso qué importa! (Se oye más cerca la gritería, como si la gente estuviera á punto de inundar la escena.)

FLOR. (A Bernardo.) Prepárate.

BER. (Nervioso.) ¡Calla!

FLOR. Que no te estafen.

TER. (Poniéndose á la derecha del foro.) ¡Siento una angustia!

VIC. (A su lado, mirando ansioso á la calle.) Madre. . ¡ya los tenemos aquí!

TER. (Temblorosa y casi llorando.) ¡Sí, hijo mío! (Entran gritando unos cuantos chiquillos y chicas del pueblo, con alguna que otra persona mayor. En seguida, apresurados, empujándose, quer endo pasar uno antes que otro, cinco ó seis hombres, entre ellos Ramón. Mucha animación.)

ESCENA XII

DICHOS, RAMÓN y cuatro ó cinco hombres

RAM. (Gritando.) ¡Viva Peregrín!

TODOS ¡Viva!

RAM. ¡Ya se ha acabado la miseria!

FLOR. ¡Ay, infeliz! (Con ironía.)

TER. (Temblona.) ¡Lo que tardan!

VIC. (Impaciente.) ¿Qué hacen? (Al ver á Peregrín y a Dragón.) ¡Ahora!

BER. ¡Qué rabia!

VIC. ¡Ya están aquí! (Por el foro derecha llegan Peregrín y Dragón, cabizbajos y como alucinados, sobre todo el primero, con un talego de dinero que lleva cada uno á la espalda. Detrás de ellos, también con talegos llenos de dinero, ó con paquetes de billetes del Banco, el señor Matías y Felipe. Les siguen Juanón, Jerónimo, Dionisio, Magdalena, Joaquina, el Tuerto y muchos hombres, muchas mujeres y criaturas del pueblo. Todos tienen los ojos fijos en los talegos. Silencio y expectación general.)

ESCENA XIII

DICHOS, PEREGRÍN, DRAGÓN, SEÑOR MATÍAS, FELIPE, JUANÓN, JERÓNIMO, DIONISIO, MAGDALENA, JOAQUINA, EL TUERTO, hombres, mujeres y chiquillos

PER. (En medio de un gran silencio, debilitado de angustia.) ¡Lo que pesa el dinero!

DRA. (Siniestramente.) ¡Más vale llevar esto que cajas de muerto!

MAT. (Acariciando el dinero.) ¡Ya los hemos cazado!

JER. ¡Qué dineral!

VIC. Padre, ¿no quiere usted descargar?

PER. Sí; vamos al comedor, que la mesa es bien grande.

RAM. Vamos, vamos.

BER. ¿Queréis que os ayude?

PER. No.

DRA. A mí me convendría que me despachasen en seguida, porque me esperan en casa.

MAT. Y á mí también.

TER. ¿Vas á hacer ahora el reparto?

JER. Podríamos aguardar á mañana. (Comprendiendo el estado de ánimo de Peregrín.)

PER. No: no quiero que nadie se espere. ¡Qué noche pasarían si no cobrasen!

JER. Es que tú debes estar rendido.

PER. Aunque reviente, voy á despachar á todos ahora mismo. No, no quiero tener ni una sola noche en casa tanto dinero de los demás.

MAT. ¡Sí que estamos reventados!... ¡Dónde va á parar! ¡Menudo tragín contar y recontar un dineral como éste!

RAM. ¡Yo me perdería!

DION. Yo no iba á saber por dónde andaba.

JER. Ni yo.

JUA. (Con los ojos llenos de lágrimas.) ¡Quién nos lo había de decir!

JER. ¡Si parece un sueño!

DRA. Vamos... ¿qué se hace?

DION. ¿Te cansas, Dragón?

DRA. Estoy impaciente.

FEL. Entonces, á despachar.

MAG. ¡Si pudiese verlo mi marido, que está en cama!...

JOAQ. ¡Y el mío, que de Dios goce!...

PER (Febril, nervioso, va diciendo entre dientes.) ¡Urracas! ¡Urracas!

VIC. Mi padre está cansado.

PER. ¡No! ¡te he dicho que no!

TER. (Acercándose á él.) Sí que lo estás. Déjalo por hoy... ya lo arreglaremos mañana, Peregrín.

PER. ¡No se fían de nosotros! ¿No ves que todos esperan con la boca abierta, como las urracas el pico?

MAT. ¡Mentira parece que con tanto dinero como hemos visto, aún haya pobres en el mundo!

DION. ¡Les habréis dejado bien limpia la caja, donde os han pagado!

MAT. ¡Qué hemos de limpiar, infeliz!... si parece que allí se crían las pesetas. Pero nos lo han dado casi todo en papel.

JUA. Yo prefiero la plata.

MAG. ¡Ay, Señor! ¡Unos tanto y otros tan poco!...

PER. (Entre dientes.) ¡Urracas!... ¡más que urracas!

TER. (Se le acerca amorosa.) Peregrín...

PER. Vamos, encended la luz del comedor.

TER. Ya está encendida.

RAM. Se ve bastante.

FEL. Despachad pronto, que es tarde.

MAT. Y tenemos mucha faena.

PER Pase usted, señor maestro.

MAT. (Entrando en el comedor.) Calma, Peregrín.

PER Pasa tú, Felipe.

FEL. Vamos allá. (Idem.)

PER. Y usted también, enterrador.

DRA. (Muy aturdido.) ¡Ah, sí!

PER. (A todos.) Y vosotros, esperad un poco, que ya os llamaremos uno por uno.

JER. No te ofusques, Peregrín.

PER. ¡Teresa!...

TER. ¿Qué quieres? (Con vivacidad.)

PER. ¡Vicente!...

VIC. ¿Qué manda?

PER. (Con excitación nerviosa.) Ponedse aquí á la

puerta y haced entrar con orden á la gente.

TER. (Se pone al pie de la puerta.) ¡Ay, no creía que había que repartir tanto!

VIC. ¡Ni yo tampoco!

PER. (A todos, con gran excitación nerviosa.) Y ahora, vosotros, no os precipitéis. Tened calma y confianza. (Con sarcasmo.) ¡Sobre todo mucha confianza!

JER. (Con sentimiento.) Anda, anda, Peregrín.

JUA. No tengas cuidado por nosotros.

PER ¿Estáis enterados?

JER. Sí, hombre.

PER. (Se va diciendo frenético entre dientes.) ¡Urracas! ¡Pobres urracas!

ESCENA XIV

DICHOS, menos PEREGRÍN, SEÑOR MATÍAS, FELIPE y DRAGÓN

RAM. ¿No habéis oído las expresiones que nos ha soltado?

JER. No hay que hacer caso. Ya veis cómo está.

TER. (Entristecida.) ¡Pobre!

MAG. Parece que no nos lo quiere dar.

BER. ¡Vaya si le duele!

FLOR. Y mucho. (Se siente el tintineo de las monedas al volcarse sobre la mesa del comedor. Todos, impulsivamente, con la cara risueña, miran hacia allá.)

BER ¿Oís?

JOAQ. (Nerviosa.) ¡Ay, madre! (Vuélvese á sentirse más ruido de dinero.)

JUA. Parece que miden trigo.

RAM. Parece que lo echan en el granero.

BER. ¡Vaya un pedrisco!

RAM. (Muy impaciente.) ¡Vicente!...

VIC. ¿Qué? (Volviéndose porque miraba al comedor.)

RAM. ¿Todavía no?

VIC. Espérese, si quiere.

JER. Ya nos avisarán.

VIC. Vamos, ¿quién está el primero?

MAG. Yo.

FLOR. (Avanzando hasta la puerta.) No: que nos toca á nosotros.

JOAQ. Vosotros no tenéis dereeho

FLOR. Más que tú.

DION. Entonces soy yo el primero.

BER. Yo. (Queriendo pasar delante y retirando á Dionisio por un brazo.)

JUA. Yo, que tengo más edad. (Gritos y confusión porque todos quieren ser los primeros)

VIC. Vamos, ¡uno ú otro!

FLOR. (A Bernardo.) Pasa tú.

BER. (Grave) Espera.

MAG. ¡Ponedse en fila!

DION. ¡Primero me toca á mí! (Todos, excepto Juanón, Jerónimo y Bernardo, se empujan, protestando, queriendo ser uno antes que el otro.)

MAG. ¡Mi marido es el parroquiano más antiguo!

JUA. Yo soy el más viejo.

TUER. Y yo el más pobre.

VIC. Pasa tú, tuerto. (Protesta general, grandes empujones. El Tuerto entra en el comedor.)

RAM. (Gritando.) ¡Eso no vale!

VIC. (Idem.) ¡Calladse!

TER. (Suspirando.) ¡Ay, Señor! (Se siente más ruido de dinero.)

DION. ¿No oís los cascabeles?

MAG. ¡Cómo repican!

BER. ¡Cuántos dineros!

JUA. ¡Oh, sí!

JER. ¡Quién pudiera sembrarlos!

JUA. No brotan.

FLOR. Ponlos á réditos.

BER. Vaya si lo hará. (Sale el Tuerto embolsándose el dinero y se va decidido por el foro derecha.)

VIC. A ver otro.

RAM. Yo. (Avanzando á codazos.)

DION. Ahora me toca á mí.

BER No, á mí. (Lo mismo que antes. Dentro no cesa de oirse el ruido de dinero.)

MAG. Me toca á mí.

JOAQ. Primero soy yo. (Bregan hasta que por fin entra Ramón en el comedor. Más protestas y más fuerte de todos.)

VIC. (En cuanto se restablece el silencio.) Que se prepare otro. (Otra vez como antes, gritos, etc. El buen sentido del director de escena suplirá las acotaciones

que falten. Y á su talento se confía toda la animación que han de tener estas escenas para lograr su efecto.)

TER. ¡Paciencia; que habrá para todos! (No deja de sentirse el ruido de dinero.)

JUA. ¡Cómo suena!

JER. ¡Eso es tentador!

MAG. ¡Ya lo creo!

FLOR. (A Bernardo, en voz baja.) Anda, ahora tú.

BER. Espera, mujer, espera. ¡Parece que se acaba la miseria! (Sale Ramón mirando un duro.)

DION. ¿Ya estás, Ramón?

RAM. Sí: me lo tenían preparado.

JUA. (Con sentimiento.) ¿Ya tienes lo tuyo?

RAM. Creo que sí. (A Dionisio.) Oye. Mira este duro.

JER. Anda, anda, que ya llevas bastantes buenos.

RAM. (Yéndose.) Bueno, ya os arregláréis vosotros.

BER. Hasta otra, Ramón.

RAM. Adiós.

VIC. (Conteniendo á unas cuantas mujeres que quieren pasar.) Esperarse hasta que se os avise.

TER. Esperarse, mujeres. (Sale Dragón embolsándose nerviosamente unos cuantos paquetes de dinero. Se le deshace uno y caen las monedas por el suelo. Se abalanzan todos á cogerlas.)

DRA (Recogiéndolas con zozobra.) ¡Eh, que son míos!

DION. Quien siembra, recoge.

JER. Déjalos, hombre.

DRA. Sí... hay que andar listo.

JUA. No tengas cuidado.

DRA. Yo ya he cobrado.

DION. ¿Lo tienes todo, Dragón?

DRA. (Apretándose nerviosamente los bolsillos con las manos.) Ya he hecho el paquete.

BER. Entonces, buen provecho.

DRA. Lo mismo digo.

DION. ¿Ya te vas?

DRA. Sí; salud, señores.

JUA. Salud, muchacho.

DRA. Y ahora que os entierre otro. (Se va poco á poco.)

DION. Gracias, igualmente. (Risas.)

BER. Adiós, enterrador.

JUA. ¿Partimos?

DRA. No.

JER. Por muchos años.

BER. ¿Te harás la casa roja?

DRA. (Se va riendo con sarcasmo.) Toda roja... ¡Como un ascua de fuego! (Grandes risas.)

VIC. A ver... otro.

DION. Yo. (Avanzando decidido. Grandes gritos. Todos quieren pasar delante de los otros, agolpándose á la puerta. Grandes gritos y protestas generales.)

VIC. (Gritando, sin poder contenerlos.) ¡Atrás! ¡Paciencia! ¡Paciencia! (Siguen los gritos y los empujones.)

PER. (Dentro. Gritando fuera de sí.) ¡Atrás todos! (Unos cuantos del pueblo, sin hacer caso, entran precipitadamente al comedor en medio de una gritería espantosa.)

TER. (Desesperada.) ¡Vicente... corre á avisar á la justicia! (Se siente un gran estrépito y ruido de monedas producido por la mesa del comedor, que Peregrín, hecho una furia vuelca gritando desesperado.)

PER. (Dentro.) ¡Tenedlo! ¡Arreglarse!

MAT. (Idem.) ¡Peregrín!

FEL. (Idem.) ¿Qué has hecho?

JER. ¿Qué es eso?

JUA. ¡Qué cataclismo!

FLOR. (Corriendo á mirar á la puerta.) Peregrín que ha volcado la mesa.

BER. ¡El estafador!

TER. ¡María Santísima!

MAG. Lo mío. (Queriendo entrar.)

JUA. ¡Corramos!

DIO. ¡Dejadme pasar!

JER. ¡Espera! (Deteniéndole.)

FEL. (Dentro.) ¡Que no entre nadie más!

PER. (Idem.) ¡Que entren todos!

VIC. ¡Atrás! ¡Atrás! (A los que quieren pasar. Se siente más ruido de dinero.)

FLOR. Nos quieren estafar.

DIO. ¡Nos estafarán!

BER. ¡Ladrones! (Se precipitan todos al comedor, gritando desesperados. Dentro, gritan también.) ¡Ladrones! ¡Estafadores!

TER. (Mesándose los cabellos.) ¡Pobres de nosotros!

PER. (Aparece desesperado, con los cabellos en desorden y los ojos fuera de las órbitas.) ¡Hartarse bien!

TER. ¿Qué has hecho, Peregrín?

PER. ¡Urracas! (Ve el número en el espejo y lo borra con un paño.) ¡Eh!... ¡Qué asco! (Se siente un gran tumulto al coger la gente el dinero del suelo.)

MAT. ¡Esto es indigno! (Saliendo.)

FEL. ¡Esto es lo que se llama estafar! (Idem.)

DIO. (Saliendo y corriendo hacia el foro embolsándose el dinero.) ¡Yo ya tengo bastante! (Salen barajados Florentina, Magdalena, Joaquina, Bernardo, Juanón y Jerónimo, se atropellan, se empujan, se pegan y quieren cogerse unos á otros las monedas.)

JUA. (Llorando.) ¡Dadme mi parte!

JER. ¡Yo no tengo nada!

BER. ¡Espabilarse!

MAG. ¡Son míos! (Quitándole unos billetes á otro.)

JOAQ. ¡Míos!

AND. (Aparece en lo alto de la escalera.) ¿Qué pasa?

TER. ¡Ves, hijo mío! (Los gritos y los insultos crecen. Peregrín lucha como un desesperado empujando á la gente afuera.)

PER. ¡Fuera, miserables!

FEL. ¡Ladrón, más que ladrón!

BER. ¡Matémosle!

FEL ¡Arrastrémosle!

PER. ¡Urracas!... ¡Gandules! ¡Fuera!

AND. (Bajando para ayudarle.) ¡Fuera todo el mundo! (No cesan los insultos. Peregrín y Andrés, después de grandes esfuerzos, logran cerrar la puerta del foro.)

PER. ¡A trabajar, malditas urracas!

BER. (Empujando la puerta desde fuera.) ¡Prendamos fuega á la casa!

TODOS ¡Ladrones! ¡Estafadores!

PER. Me llaman ladrón y son ellos los que se lo llevan.

TER. ¡Se lo han llevado todo!

PER. ¡Hasta nuestra parte!

AND. ¡Mal provecho les haga! (Se siente una gran rotura de cristales y gritos desgarradores.)

LUISA (En lo alto de la escalera, asustada.) ¡Andrés! ¡Andrés!

AND. ¡No tengas miedo! (Vicente, atolondrado, no se mueve de un rincón. Vuelve á sentirse roturas de cristales y gritos de:)

TODOS ¡Ladrones! ¡Estafadores!

LUISA (Corriendo á Andrés.) ¡Ay, madre mía!

AND. Cierre usted bien la puerta, padre.

PER. Hijos míos, no creais en la suerte. Confiad en vosotros mismos y en vuestro propio esfuerzo.

AND. Así me gusta.

PER. Seguid siendo buenos.

AND. Como usted, padre. (Teresa se acerca á Vicente y Luisa se abraza á Andrés, Peregrín, triunfante, grita con toda su alma:)

PER. Confiad en el trabajo, nada más que en el trabajo. (Grandes gritos desde fuera, más grandes que antes, y roturas de cristales.)

VOCES ¡Ladrones! ¡Estafadores! (Telón.)

FIN DE LA COMEDIA



